

Además...

GWENDOLYN

SUPLEMENTO DOMINICAL DE 'LA REPUBLICA' 107
CON ESTE CONTENIDO:

- * GWENDOLYN. (Cuento), por Elizabeth Bishop.
 - * EL ADIOS. (Poema), de Li-Tai-Po.
 - * HISTORIA DEL PODER EJECUTIVO EN COSTA RICA, por Rafael Obregón Loría.
 - * EL PAJARO DE FUEGO, MUSICA DE IGOR STRAWINSKY, por Luis Ferrero Acosta.
 - * MARIAN ANDERSON, SER HUMANO DE RARA EXCELSITUD, por Lilia Ramos.
 - * ANECDOTARIO NACIONAL, por Carlos Fernández Mora.
 - * MEDITACION CENTROAMERICANA, por Luis Barahona J.
 - * EL TICO Y SU TIERRA, por William Vogt.
 - * MI MAESTRA LOLA, por Rafael Heliodoro Valle.
 - * GRANDEZA Y SERVIDUMBRE DEL TRADUCTOR, por Julio de Huici.
 - * Los libros y los días: EL MAGISTERIO LIBERAL DE ORTEGA Y GASSET, por Ramón Sender.
 - * CARTAS FEMENINAS, por Luz del Alba.
- San José, Costa Rica, 18 de Octubre de 1953.
Nº 70

Mi tía Mary tenía 18 años, y estaba lejos, en "los Estados", en Boston, estudiando para enfermera. En la gaveta inferior de la cómoda de su alcoba, bien envuelta en rosado papel de seda,

estaba su muñeca favorita. En aquel invierno, yo había padecido de bronquitis por largo tiempo, y mi abuela terminó por sacarla para que yo jugara con ella, en medio de mi sorpresa y delicia, porque yo había hasta entonces ignorado su existencia. La muñeca era una niña, pero mi abuela había olvidado cómo se llamaba.

Tenia una gran cantidad de ropa, que le había hecho mi tía Mary, y que estaba guardada en un baúl de lata pequeño, adornada con las cerraduras, clavos y demás implementos necesarios. Las ropas de la muñeca eran maravillosas, bellamente cosidas, pero un poco pasadas de moda, según yo misma podía apreciarlo. Había largos calzones adornados con menudo encaje, y un cubre-corsé, y un corsé con pequeñas ballenas. Todo muy bello, pero lo mejor era un traje de patinar, que consistía en un saquito de terciopelo rojo, un turbante y un manguito de alguna piel marrón ya enmohecida; y, para que mi emoción llegara a su límite, tenía un par de botas de gamuza blanca, con adornos de piel, y un par de pequeños pero brillantes patines que mi tía Mary había amarrado a las suelas con unas cuantas puntadas de hilo blanco.

Que los patines no estuvieran muy bien fijados, no me preocupó. Porque ello iba muy bien con la personalidad de la muñeca, que a su vez era una adecuada compañía para una inválida. Llevaba tanto tiempo en la gaveta, que la elasticidad de sus coyunturas se había casi esfumado; cuando de la alzába, la cabeza se inclinaba suavemente a un lado, y su mano extendida reposaba en la mía por un instante y luego se deslizaba desganadamente. Junto a ella, la familia de muñecas con que yo jugaba, parecía burda e infantil: la que tenía una cicatriz en la frente de resultados de un golpe en la escalera, los dos indios vestidos de fieltro (Hiawatha y Nokomis), y el bebé, siempre con sus manos en alto para que lo alzarán.

Mi abuela era buena conmigo cuando yo estaba enferma. Durante esa misma enfermedad, me había dado su canasta de botones para que jugara con ella, y su saco de retazos, y en las tardes ponía sobre mi cama la colcha loca. La canasta de botones era grande y despachurrada, y debe haber pesado como diez libras, y estaba llena de todas las cosas, desde ganchos de metal para los overoles de los hombres, hasta un juego de botones de acero con cabezas de cervo que tenían ojos de cristal verde. El saco de retazos era interesante porque en él se encontraban piezas de tela de los vestidos que mi abuela usaba a la sazón, y de las camisas dominicales de mi abuelo. Pequeño como lo más entretenido era la colcha loca. Mi abuela la había hecho mucho tiempo antes, cuando esas colchas se

La literatura canadiense está muy poco divulgada entre nosotros. Sin embargo, cuenta con interesantes valores, como esta Elizabeth Bishop que hoy presentamos. Este cuento muy reciente (apareció en junio de este año), la presenta como una sutil observadora, llena de ternura, pero que al mismo tiempo, penetra en sentimientos fundamentalmente crueles, como el final de "Gwendolyn", que es suavemente horrorizante, y parece confirmar la tesis —hace unas décadas muy audaz— de la esencial crueldad de la infancia.

por ELIZABETH BISHOP

habían puesto de moda en la pequeña aldea de Nueva Escocia en que vivíamos. Había coleccionado pequeñas, irregulares piezas de seda o terciopelo de todos colores, y puso a todos sus amigos y amigas a escribir con lápiz sus nombres sobre ellas; y no sólo sus nombres, sino a veces también una fecha y una o dos palabras. Luego, había bordado en cadeneta con sedas de distintos colores, sobre las letras, y había unido las piezas sobre una franela marrón, cosiéndolas con un hilo que parecía hecho de plumas. Ya yo sabía leer como para leer los nombres de las gentes que conocía, y mi abuela me explicaba a veces que cierto pedazo particular de seda era parte del vestido de viaje de doña Fulana, cuarenta años atrás, o que ese otro venía de una corbata de alguno de sus hermanos, muerto y enterrado en Londres, o que aquel otro venía de la India, de donde lo había traído otro hermano que era misionero.

Cuando ocupaba —y esto, por supuesto, ocurría muy temprano— me sacaba de la cama, me envolvía en una cobija y, tomándose sobre sus rodillas, me mecía vigorosamente en la mecedora. Yo creo que a ella le gustaba este ejercicio tanto como a mí, porque se podía cantar himnos con su voz un poco lúgubre, que disminuía considerablemente de volumen en las notas altas. Me cantaba "Hay una verde colina a lo lejos?", "Habrán estrellas en mi corona" y "En la dulce despedida", y luego, otros himnos más adecuados para niños, como aquel:

"Los niños, los niños que aman al Redentor, son las joyas preciosas de su corona de amor..."

Y después, quizás porque éramos Bautistas —buenos y mojados— todos los santos se quitaban las coronas (quién sabe por qué heurínche). "cerca del mar vidrioso": "Nos reuniremos junto al río", y su favorito: "Día feliz, día feliz, cuando Jesús lave mis pecados".

Todo esto es preliminar. La historia de Gwendolyn no comenzó sino en el verano siguiente, cuando ya yo me encontraba en mi acostumbrado estado estival de buena salud, y me había olvidado de la bronquitis, y del frío estetoscopio del doctor.

Gwendolyn Appletree era la menor, y la única mujer, de una grande y espaciosa familia que vivía a unas cuatro o cinco

tre los abetos. Era como un año mayor que yo —esto es, que tenía unos ocho— y sus cinco o seis hermanos, todos para arriba de trece, me parecían hombres adultos. Pero Gwendolyn y yo, aunque no nos veíamos muy a menudo, éramos amigas, y para mí, ella representaba todo lo que las fascinantes pero un poco repelentes palabras "niñita pequeña" podían significar. En primer lugar, su hermoso nombre.

El esdrújulo trisílabo podría, para mí, haber continuado eternamente. Además, aunque mayor, Gwendolyn era tan pequeña como yo, y rubia, y rosada, y blanca, tal como un manzano en flor. Y estaba "delicada", cosa de que yo, a pesar de la bronquitis, no adolecía. Tenía diabetes. Eso era todo cuanto me habían dicho, y yo tenía una idea vaga de que ello era debido a "exceso de azúcar", y eso mismo hacía a Gwendolyn más atractiva, como si fuera a resultar de dulce cuando se la mordiera, y su cutis puro sabría exactamente como el lustre de los Huevos de Pascua, o de los pequeños candeleros de los pasteles de cumpleaños, que la gente tenía por incómodos, aunque yo sabía que no lo eran.

Yo no sé en qué consistía en aquel entonces el tratamiento para la diabetes: si por ejemplo, a Gwendolyn le daban o no insulina, pero yo creo que no. Mis abuelos, en todo caso, hablaban a menudo, en forma desaprobatoria, de cómo los padres de mi amiga no obedecían las órdenes del médico y le daban de comer cuanto se les antojaba, incluso dos raciones de pastel a la hora del té, y de cómo, si no se ponían en orden, no iban a lograr que la niña sobreviviera. De cuando en cuando Gwendolyn sufría un misterioso ataque, o "convulsiones", o "coma", pero uno o dos días después la veía con su padre dirigiéndose a la tienda que había junto a nuestra casa, con su mismo aspecto de siempre y saludándose. Ocasionalmente, la traían a pasar el día o la tarde conmigo mientras sus padres iban costa abajo a visitar a algunos parientes.

Esas visitas eran ocasiones de maravilla. Gwendolyn llegaba con una muñeca o algún otro juguete; su madre traía un pastel o un frasco de conservas para mi abuela. Y yo tenía la oportunidad de mostrar a Gwendolyn otra vez todos mis posesiones una por una. Muy a menudo, lo que traía era un juego de cubos que calzaban perfectamente en una desahrida caja de cartón. Estos cubos estaban cortados diagonalmente, en colores rojos, azules y amarillos, y nosotros los colocábamos bien ajustados, en geométricos di-

seños. Y si lo hacíamos con cuidado, podíamos luego levantarlos y darles vuelta, revelando así un diseño similar en diferentes colores, por el otro lado. Estos diseños, como la bandera británica, eran perfectamente satisfactorios en su franqueza. Gwendolyn y yo jugábamos en paz y no peleábamos.

Antes de que sus padres la dejaran con nosotros y siguieran en su volanta, abrazaban una y otra vez a Gwendolyn. le lavaban la cara por última vez, le ajustaban las medias, y le limpiaban la nariz: su padre la alzaba y mecía, y su madre le daba unas piladoras blancas. Esto duraba a veces tanto rato, que mi abuelo se levantaba y salía súbitamente con rumbo al granero, y mi abuela se sumía en el lavadero y comenzaba a tararear alguno de sus himnos. Pero esto no era nada ante las escenas de ternura que se sucedían cuando los padres de Gwendolyn regresaban a recogerla. Entonces casi se la comían, uno primero y luego el otro, como si realmente estuviera hecha de azúcar como yo lo medio sospechaba. Yo observaba estas emocionantes escenas con envidia, hasta que los Appletree se iban en su volanta. Gwendolyn de pie entre ellos con su vestido blanco, su cabello oro pálido al viento, recibiendo furtivos besos de uno y otro lado, en una y otra mejilla. Aunque yo recibía muchas demostraciones de afecto de mis abuelos, nunca fueron como esas. Mi abuela se sentía disgustada.

—¡Van a matar a besos a esa niña si no tienen cuidado!—decía.

—¡Oh, besuqueos, besuqueos, besuqueos!—decía mi abuelo, y seguía en lo suyo.

Recuerdo claramente tres episodios ocurridos durante ese verano, en los cuales Gwendolyn jugó el papel de bella heroína... un papel que crecía y crecía hasta que terminaba por ser más grande que el leve pero convincente talento que ella tenía para actuarlo.

Una vez, mis abuelos y yo fuimos a un picnic eclesástico. Como dije, éramos Bautistas, pero en la aldea casi todos, incluyendo a los Appletree eran Presbiterianos. Sin embargo, en ocasiones de carácter social me parece que las dos sectas unían sus fuerzas, o tal vez sería que nosotros éramos lo suficientemente amplios de criterio para ir a un picnic de Presbiterianos. No estoy segura.

En todo caso, nosotros tres, no con nuestros mejores trajes, sino con los que les seguían, tomamos la cesta de nuestro almuerzo, y montamos en la volanta, tirada por Veloz II, con rumbo a la orilla del río. Era un bello lugar; había pinos y abetos que se prolongaban hasta el borde del agua, clara y castaña y de las rocas color terracota y llenas de musgo; las ramas de pino llenaban el suelo y lo hacían resbaloso. Pronto, las largas mesas improvisadas se llenaron de frijoles, y galletas, y papas, y de todas las variedades de encurtidos y condimentos, conservas y jaleas, pasteles y repostería, todo brillante a la tardía

EL ADIOS

El pájaro YUEN y el pájaro YANG nadan uno al lado del otro sobre el Río Kin, que desliza sus aguas onduladas hacia el norte. Cuando el pájaro yuen se detiene a la sombra de un árbol de la ribera, su compañera se detiene en los rosales en flor. Los dos preferían la muerte o el cautiverio antes que la huida, si al huir debieran separarse.

¡Adiós, señor de mi vida! Ningún río puede volver a su fuente, ni ninguna rosa puede volver al rosal que la dejó caer.

Las plantas no son insensibles, a pesar de la creencia general. ¿Qué fin tienen aquellas cuya naturaleza es efectiva? La una vive y muere en el mismo sitio en que el viento dejó caer la semilla que la hizo nacer; la otra muere en el momento en que la arrancan del abrigo que escogiera. La naturaleza es clemente para la flor, y el hombre es cruel para la mujer que lo ama.

¡Adiós, señor de mi vida! Ningún río puede volver a su fuente, ni ninguna rosa puede volver al rosal que la dejó caer.

En recuerdo mío guarda, señor, estas tres golondrinas de jade. Son las mismas que brillaban en mi peinado el día de nuestras bodas. En la noche limpiálas con tu manga de seda, y no enrolles nunca la estera en que me acariciaste. Deja que las arañas tejan sus hilos. Conserva siempre el bloc de umbar en que posaba mi cabeza para dormir; permíteme pedirte que lo conserves siempre. Te daré sueños que te volverán al pasado.

¡Adiós, señor de mi vida! Ningún río puede volver a su fuente, ni ninguna rosa puede volver al rosal que la dejó caer.

En tu cofre tallado olvidé mi pequeño abrigo de plumas. No lo pongas nunca en otras espaldas que las tuyas. En cuanto a mi espejo, mi espejo de plata en la cual el corazón se reflejaba como un rostro en el fondo de un pozo, tiéndelo seguido a tu nueva esposa para que él te ayude a conocer su corazón.

¡Adiós, señor de mi vida! Ningún río puede volver a su fuente, ni ninguna rosa puede volver al rosal que la dejó caer.

Li-Tai-Po

Traducción anónima

luz del sol; y sobre dos fogatas, el agua para el té estaba presta a hervir. Mi abuela se acomodó en un tronco para conversar con sus amistades, y yo me fui a vadear el río con las mías. Mi primo Billy estaba, y Seth Hill, y los gemelos McNell, pero Gwendolyn no. Más tarde, cuando me reuní con mi familia para la cena, o, como dicen en Nueva Escocia, para el "té", mi abuela llamó a uno de los muchachos Appletree, que llenaba su plato junto a nosotros, y le preguntó dónde estaban sus padres, y cómo se encontraba Gwendolyn.

—Muy mal—contestó, sacudiendo la cabeza en imitación de un gesto de ancianos. —Mamá creyó que íbamos a perderla ayer. Yo tuve que ir a buscar al doctor. Pero ya hoy está mejor, reposando.

Seguimos cenando y tomando nuestro té en silencio, y al cabo de un rato mi abuelo comenzó a hablar de otra cosa. Pero poco antes de determinar, cuando el cielo comenzó a ponerse gris y un dulce y húmedo olor a agua fresca comenzó a subir desde el río, apareció una rápida volanta que se detuvo junto a nosotros. En ella venían los padres de Gwendolyn, y Gwendolyn misma, de pie entre ellos dos como de costumbre, con uno de sus vestidos blancos y cubierta con una chaquetilla de cuadros blanquinegros. Se le recibió con gran algarabía y mi abuelo la sentó en sus rodillas y comenzó a mecerla.

Yo me arrimé a mi abuelo, pero Gwendolyn nada me dijo; se limitaba a sonreír, como si todo la encantara. Estaba más bella y más delicada que nunca, y sus mejillas eran de un rosado brillante. Su madre le preparó una taza de débil té, y yo observé la expresión que puso mi abuela cuando vió el azúcar caer en la taza. Gwendolyn tenía tantas ganas de venir —explicó su madre— que la habían traído por un corto rato.

Algún tiempo después, trajeron a Gwendolyn a visitarme, pero esta vez para que se quedara todo el día, y la noche y parte del día siguiente. Yo estaba muy excitada, e hice un sín fin de consultas a mi abuela acerca de cómo debíamos emplear nuestro tiempo: si podía ir a saltar con ella al granero, o si podíamos ir a nadar en el río. No: estas dos diversiones serían demasiado agotantes para Gwendolyn pero podíamos jugar a llenar botellas con agua coloreada (hecha con la pintura de una caja que yo tenía), que era mi juego favorito en ese momento, y en la tarde, podíamos tener un té de muñecas.

Todo salió muy bien. Después de cenar, Gwendolyn se acostó en el sofá de la sala y mi abuela la cubrió con un chal. Yo quise jugar con el piano para entretenerla, pero no me lo permitieron, y me enviaron afuera sola. Después de un rato, Gwendolyn se me unió en el jardín, e hicimos el té para las muñecas. Luego le enseñé a capturar abejas, pero mi abuela lo impidió diciéndome que era un juego agotador y peligroso. En nuestro juego había cierto toque de rústica corrupción. Yo no recuerdo qué fue lo que sucedió, si sucedió algo, pero sí recuerdo que nos ordenaron salir del encalado retrete del granero, cuando nos encerramos en él, y nos subimos en los asientos, y nos colgamos de las ventanas a observar el paisaje lleno de olmos que había tras de la casa. Estaba anocheciendo; mi abuela me dijo duramente que no debíamos encerrarnos allí, pero a Gwendolyn le habló con suavidad, de seguro porque en ese momento parecía más angelical que nunca.

Después del té, nos sentamos a la mesa un rato, con una lámpara de aceite colgada sobre nosotros, y jugamos con los maravillosos cubos, y así llegó la hora de acostarnos. Gwendolyn iba a dormir conmigo en mi cama. Yo estaba tan excitada por la novedad, que me tomé largo rato el prepararme para dormir, pero Gwendolyn se alistó en un segundo, y se acostó en un extremo del lecho con los ojos cerrados, para que yo creyera que ya se había dormido con la luz de la lámpara brillando en su cabello rubio, rubio. Le pregunté si no rezaba antes de acostarse, y me contestó que su madre le permitía rezar acostada.

—Cómo me voy a dormir...—agregó. Por lo menos, eso creo que fue lo que dijo. Yo no podía creer que le hubiera dicho, y no pude preguntarle

si efectivamente así había sido. Con el corazón que se me salió, me lavé los dientes con la helada agua del pozo, y me enjuagué en la palangana de loza. Luego me arrodillé a rezar, a media voz, en forma mecánica, mientras los latidos de mi corazón seguían y seguían. No me decidía a meterme en mi lado de la cama, entonces di la vuelta a recoger las ropas de Gwendolyn, que las había dejado en el suelo. Las puse en el respaldar de una silla: el traje de listas azules y blancas, el cinturón, las largas medias color vino; los calzones que tenía encaje en los extremos de las piernas, pero que estaban sucios; esto me molestó tanto, que pude recobrar el habla y comencé a hacerle más preguntas.

—Estoy dormida—me contestó Gwendolyn sin abrir los ojos.

Pero después de que mi abuela apagó la luz, Gwendolyn comenzó a hablar de nuevo. Hablamos de los colores que a cada una le gustaba más combinar, y recuerdo la sensación de profunda originalidad que experimenté cuando insistí en que, a pesar de que era una idea que acababa de ocurrirme, siempre me había gustado combinar el marrón y el negro; y los vi flotar en pequeños parches de terciopelo, como los de la colcha loca, o en pequeños rectángulos de esmalte, como los de los catálogos de pinturas que yo siempre estaba pidiendo en la tienda.

Dos días después de esta visita, murió Gwendolyn. Uno de sus hermanos vino a decirlo a mi abuela. Y yo estaba en la cocina con ella cuando se lo dijo, con muchos de los amaneramientos de viejo que él imitaba, y algunas frases tristes y anticuadas. Mi abuela lloró y se secó los ojos con su delantal, y le contestó con frases igualmente tristes y anticuadas. El funeral tendría lugar dos días después, pero a mí no me dejarían asistir.

Mi abuelo asistió, pero no así mi abuela. Yo no debía saber siquiera qué era lo que sucedía, pero como la Iglesia Presbiteriana estaba frente a nuestra casa, al otro lado del prado, y yo pude oír las volantas que se acercaban, y luego las campanas, me enteré perfectamente, y mi corazón comenzó otra vez a latir, casi con tanta fuerza como la campana. Me mandaron a jugar al patio que estaba al otro extremo de la casa, lo más lejos de la Iglesia. Pero por una de las ventanas de la cocina —la cocina tenía forma de L y ventanas por todos lados— pude ver cómo mi abuela arribaba su mecedora, como hacía todos los domingos para ver a los Presbiterianos entrando a la Iglesia, a una de las ventanas al otro lado de la L. Esto era lo que hacían todos los Bautistas que vivían a la vista de la Iglesia, y luego, cuando en las tardes se encontraban en la suya propia, se decían unos a otros cosas inocentes como éstas:

—Tuvieron gente esta mañana.

—Sigue enferma la señora Peppard? Esta mañana no la vi.

Pero hoy era otra cosa, y cuando observé subrepticamente a mi abuela, estaba llorando y llorando mientras contemplaba a los dolientes al otro lado del prado. Tenía un pañuelo ya muy mojado, y se mecia suavemente.

Era demasiado para mí. Me deslicé otra vez entre la casa por una puerta lateral, y me coloqué en la sala cerrada, desde donde podía ver también la Iglesia. Había largas cortinas de encaje en la ventana, y las dedaleras y las abejas estaban allí, pero gozaba de una vista clara, aunque enmarcada en encaje. La Iglesia era bastante grande: una estructura gótica hecha de tablas blancas, y una alta aguja de madera; yo la conocía tan bien como a mi abuela, y acostumbraba jugar al escondite con mis amigos entre los contrafuertes. Las viejas cocheras, hoy todas llenas, estaban atrás, y el ancho césped estaba rodeado de pilares de madera, pintados de blanco, unidos por dobles cadenas, en las cuales mi primo Billy que vivía junto a la Iglesia, y yo, acostumbrábamos columpiarnos.

Por fin pareció que todos habían entrado. No, dos hombres enlutados seguían hablando en el portal. La campana se detuvo de pronto, y los dos hombres desaparecieron, y sentí miedo de estar sola en la sala, pero ya no podía irme. Se me antojó que pasaban horas enteras. Se oyó cantar, pero yo no pude identificar los himnos, sea porque estaba muy nerviosa, o porque, como a veces pa-

saba, los Presbiterianos cantaban himnos que yo desconocía.

Claro que yo había visto muchos funerales antes, y me gustaba acompañar a mi abuelo cuando él iba al Cementerio, con su hoz y su guadaña, a recortar el césped de las tumbas de nuestra familia. El cementerio era municipal, y de seguro uno de los más bellos del mundo. Estaba a la orilla del río, dos millas abajo de nuestra casa, donde la ribera era alta. Allí estaba, pequeño, verde y blanco, con sus abetos y sus cedros y sus lápidas, mecido contra el soñador rojo-ahucado de la Bahía de Fundy. Las lápidas eran delgadas, burdas placas de mármol blanco, frecuentemente torcidas, pero había unas cuantas urnas, y obeliscos y columnas truncadas. Algunas tumbas tenían cadenas, como la Iglesia Presbiteriana, o verjas de madera o hierro, como pequeños jardines, y había macizos de rosas silvestres en el césped. Había también moras, pero nunca las comí porque "tenía mis dudas", como dice la gente, pero una vez mi abuela me había dado una taza para que le recogiera algunas, ya que "cerca de las tumbas se daban mejor", y yo le había obedecido.

Así, yo acostumbraba jugar mientras mi abuelo, con un sombrero de paja, trabajaba con su guadaña y me hablaba desordenadamente sobre las personas que allí yacían. Lo que más me interesaba, por supuesto, eran las tumbas de los niños; sus nombres, la edad, a que habían muerto, si eran más grandes o más chicos que yo. El estilo favorito de tumba infantil era un rectángulo bajo del mismo mármol bruto que las lápidas mayores, pero con un pequeño cordero echado en la parte superior. Yo adoraba esos corderos, y los contaba, y los acariciaba, y me sentaba sobre ellos. Algunos estaban casi cubiertos de un líquen seco y dorado, otros, con verde, y dorado y gris, y otros casi perdidos entre los altos tallos y las rosas y las moras.

Pero ahora, de pronto, mientras miraba por la ventana, algo sucedió en la Iglesia; algo que no podía haber sucedido, así que yo debo, en realidad, haber visto algo e imaginado lo demás; o quizás mi concentración sobre un sólo punto fue tan intensa, que no pude ver nada más.

Los dos enlutados aparecieron otra vez, llevando el pequeño ataúd blanco de Gwendolyn. Entonces —y esto fue

lo imposible— lo colocaron junto a la puerta de la Iglesia, con un extremo sobre el suelo y el resto levemente inclinado contra la pared. Y luego desaparecieron. Por un minuto, miré fijamente por entre la cortina de encaje al mundo, donde Gwendolyn estaba encerrada, invisible, adentro para siempre, allí, completamente sola en el césped cerca de la puerta de la Iglesia.

Y corrí llorando hacia la puerta trasera, por el corral, entre las asustadas gallinas blancas, mientras mi abuela, todavía llorando, corría tras de mí.

Si me empeño, puedo revivir hoy la exacta sensación de aquel momento, pero esa sensación es al mismo tiempo, una de esas que de cuando en cuando caen con terror sobre nosotros. Yo la conocía, y la reconocí entonces; la había experimentado antes, poco antes del ataque de bronquitis que había sufrido el anterior invierno. Una noche, cuando estábamos todos sentados en torno a la mesa sobre la cual colgaba la lámpara, mi abuelo dormitaba en su silla, mi abuela hacía crochet, y mi tía Mary, que aún no se había ido a Boston, leía la revista MacLean. Yo estaba dibujando, cuando de pronto recordé algo, un regalo que me había hecho meses atrás y que tenía olvidado: una canasta color fresa llena hasta la mitad de bolas de arcilla en las usuales combinaciones de rojo, marrón, violeta y verde; entre ellas había unas como yo no había visto antes, bellas bolas color crema, con líneas violetas y rosadas que las rodeaban. Una o dos de las más grandes tenían incluso diseños de flores; pero la más bella de todas, para mí, era una verdaderamente grande, como de pulgada y media de diámetro, de un rosado burdo brillante y vidrioso, que al verla casi me había hecho llorar, que "se me había metido muy adentro."

Aquella noche comencé a pensar en las bolas, a preguntarme qué se habían hecho, dónde estaban, si se me habrían perdido, hasta que el pensamiento se me hizo insoportable y me levanté a buscarlas. Me fui a oscuras hasta la cocina, y las busqué en un viejo armario donde yo tenía algunas de mis cosas. Palpé los bordes de viejos libros y de punzantes juguetes mecánicos, hasta que, detrás, toqué

HISTORIA DEL PODER EJECUTIVO EN COSTA RICA

por Rafael Obregón Loria

El 24 de junio de 1823 se instaló en Guatemala la Asamblea Nacional Constituyente, y el 19 de julio siguiente, decretó que Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica se llamarían en lo sucesivo "Provincias Unidas de Centro América".

Cuando esto se acordó no estaban presentes los representantes de Costa Rica, quienes llegaron posteriormente, motivo por el cual ese acuerdo se ratificó el 19 de octubre siguiente, Costa Rica, como dice el historiador señor Fernández Guardia, aceptó este acuerdo como un hecho consumado.

El 17 de agosto de 1824 se reunió en la ciudad de San José la asamblea de electores, y al día siguiente fueron electos los diputados que habrían de integrar el Congreso.

GOBIERNO INTERINO DE DN. JUAN MORA FERNANDEZ

Dos días más tarde, o sea, el 19 de agosto y para mientras se emitía la Constitución que habría de regirnos, fué electo PRIMER JEFE DEL ESTADO el ciudadano don JUAN MORA FERNANDEZ, y SEGUNDO JEFE, el ciudadano don MARIANO MONTEALEGRE BUSTAMANTE.

El gobierno que iba a organizarse era de carácter provisional, pues, luego habría de realizarse las elecciones conforme a la Constitución que estaba por emitirse.

Los señores Mora Fernández y Montelegre Bustamante tomaron posesión de sus cargos el día 8 de setiembre de 1824.

La Constitución Federal de Centro América fué aprobada el 22 de noviembre de 1824. En ella se disponía que el Poder Ejecutivo en cada Estado residiría en un primer Jefe nombrado por el pueblo del Estado, y a falta de éste haría sus voces un segundo Jefe igualmente nombrado por el pueblo. Ambos funcionarios durarían en sus puestos cua-

tro años, y podrían sin intervalo alguno ser una vez reelegidos.

El 25 de enero de 1825 fué aprobada la Ley Fundamental del Estado Libre de Costa Rica que dispuso al respecto exactamente lo mismo. Entre los requisitos para ser elegido primer Jefe o segundo Jefe se exigía ser natural de la República, ciudadano en ejercicio, del estado seglar y mayor de treinta años de edad. Se disponía además que el Jefe del Estado residiría en el mismo lugar que el Congreso, y no podría ausentarse sin permiso de éste, o, en sus recesos, del Consejo.

El Ministro General sería el órgano por el cual el Jefe Supremo ejecutaría todo lo que le correspondiese, y todo lo que careciese de ese requisito no sería obedecido. El Ministro General sería nombrado por el Jefe del Estado escogiéndolo de una terna que el Consejo propondría.

Como Ministro General de este gobierno fué nombrado el ciudadano don José María de Peralta y de la Vega.

Don Anselmo Sancho Alvarado, quien después habría de figurar en forma importante en nuestra política, desempeñaba el cargo de "oficial de pluma del Despacho", o sea, amanuense del Ministerio.

Don JUAN MORA FERNANDEZ

PADRES: Mateo Mora Valverde y Lucía Encarnación Fernández Umaña.

NACIO en San José el 12 de julio de 1784.

CASO el 13 de enero de 1819 con Juana Castillo Palacios.

Estudió en la ciudad de León, en Nicaragua. Fué maestro de primeras letras en San José. Más tarde fué Secretario del Ayuntamiento y Juez de primera instancia de la misma ciudad.

Al independizarse nuestro país, la actuación del señor Mora Fernández fué importante, como ya lo expusimos anteriormente, formando parte de algunas de las Juntas de Gobierno.

En 1823 fué nombrado Inten-



dente General, y en junio de ese año sirvió interinamente el cargo de Jefe Político interino.

Fué Magistrado y Presidente de la Corte Suprema de Justicia, diputado y Presidente del Congreso, y Vice Jefe en las administraciones de don Manuel Aguilar y don Francisco Morazán.

Don Felipe Molina expresó en su "Bosquejo Histórico de Costa Rica" que "La rectitud, la calma, el desprendimiento y los principios liberales de una política progresiva y conservadora, a un mismo tiempo fueron las cualidades que distinguieron la administración del señor Mora".

Al finalizar su gobierno, y por decreto de 11 de marzo de 1833, la Asamblea dispuso colocar su retrato en el salón del Congreso, con la inscripción siguiente: "Ocupa este lugar el ciudadano ex-Jefe Juan Mora, por sus virtudes, y le ocuparán sucesivamente los que en el mismo destino se hacen dignos de él".

La Asamblea de 1848, por decreto de 6 de noviembre de 1848, le declaró: "Benemérito de la Patria, como Prócer de la Independencia, como primer Presidente Constitucional, que ilustró su nombre con el del Estado, por sus desinteresados servicios hechos sin interrupción, y por la probidad de su conducta acrisolada".

El 15 de setiembre de 1921, y con motivo de conmemorarse el primer centenario de la Independencia de Centro América, el pueblo de Costa Rica erigió a su memoria un monumento en la ciudad de San José.

MURIO en San José el 16 de diciembre de 1854.

Don MARIANO MONTEALEGRE BUSTAMANTE



Segundo Jefe del Estado durante la administración interina de don Juan Mora Fernández. PADRES: Ignacio Montele-

gre y Josefa Bustamante. NACIO en 1782 en Guatemala. CASO en San José el 8 de marzo de 1815 con Jerónima Fernández Chacón (viuda de don Félix Fernández Carranza).

En 1804 estuvo en San Salvador como Oficial escribiente. En 1809 vino a Costa Rica a desempeñar el cargo de Contador Interventor en la Factoría de Tabacos. Fué más tarde Factor Interino de Tabacos, Administrador de Correos y Director de Siembras. En 1823 fué nombrado para desempeñar una misión diplomática ante el gobierno de Nicaragua.

Habiéndose dedicado a la agricultura formó importantes y vastas fincas de café y fué el máximo exportador de este producto, convirtiéndose en uno de los principales capitalistas de la época. Hombre amigo del progreso, su nombre aparece entre los promotores y sostenedores de la Casa de Enseñanza de Santo Tomás establecida en San José. Envió a Inglaterra a educarse, cuando apenas eran unos niños, a sus hijos José María, Mariano y Francisco, el primero de los cuales fué más tarde Presidente de la República.

Electo Segundo Jefe del Estado, desempeñó ese cargo desde el 8 de setiembre de 1824 hasta el 14 de abril de 1825.

MURIO en San José el 18 de noviembre de 1843.

Algunos hechos importantes de la administración interina de don Juan Mora Fernández

Se estableció la residencia del poder legislativo en la ciudad de San José.

Se prohibió, para evitar los grandes abusos que se cometían, pedir limosnas para objetos religiosos, pudiéndose únicamente establecer en las iglesias un depósito o alcancía para recoger la limosna que allí quisiesen dejar los fieles.

Se decretó el escudo de armas del Estado.

Se decretó la erección de la Casa de Enseñanza de Santo Tomás, la cual existía desde 1811 pero con carácter particular o municipal.

Se establecieron las municipalidades en todos los pueblos del Estado.

Se erigió el Estado de Costa Rica en Obispado independiente del de Nicaragua, y se nombró Obispo a Fray Luis García, pero este clérigo no aceptó, y el decreto no tuvo efecto.

Se terminó el censo de población, según el cual había en nuestro país 57,146 habitantes, sin incluir a Nicoya. La ciudad de San José aparecía en el censo con 3,189 habitantes y 599 casas.

PRIMERA ADMINISTRACION DE DON JUAN MORA FERNANDEZ

Emitida la Constitución en enero de 1825, y practicadas conforme a ella las elecciones generales, el 20 de marzo siguiente, resultó electo popularmente Jefe del Estado para el período de 1825 a 1829, el ciudadano don JUAN MORA FERNANDEZ.

Como Vice Jefe resultó electo por el Congreso, el 8 de abril siguiente, el ciudadano don JOSE RAFAEL DE GALLEGOS ALVARADO, pues, en las elecciones generales no hubo mayoría.

Ambos funcionarios tomaron posesión el 14 de abril de 1825.

El señor Mora Fernández se

la canasta color fresa. La saqué y la llevé a la sala.

Mis parientes no pusieron atención. Yo tomé la canasta y saqué unas cuantas bolas. Pero, ¿qué había pasado? Estaban llenas de polvo, sucias, entre ellas había clavos, y trozos de cuerda, telas de araña, semillas, y su brillo había desaparecido. La gran bola rosada estaba allí, pero me costó reconocerla toda cubierta de polvo. (Caeo que después, cuando mi abuela la lavó, quedó otra vez como nueva). Sentí que la llama de la lámpara flaqueaba: que flaqueaba el cabello de mi abuelo; dejé caer la cabeza sobre las bolas, y comencé a llorar. Mi abuelo se levantó gritando:

—Cielos, qué le pasa a esta niña? Todos trataban de consolarme. Porque ninguno tenía la más remota idea.

Alrededor de un mes después del funeral—todavía era verano—mis abuelos se fueron todo el día a visitar a mi prima Sofía "al otro lado de la colina". Me dejaron con otra tía, con la madre de mi primo Billy, para que jugara con él mientras ellos estuvieran ausentes. Pero pronto nos fuimos del patio de Billy con rumbo al nuestro, que era más grande y más interesante, y donde sentíamos el encanto adicional de estar solos y sin vigilancia. La tarde se compuso de varias diversiones, peleas y reconciliaciones. Llenamos de agua los tarros vacíos de la tía y la bebimos con pajillas sacadas de los herbazales hasta que nos hastiamos; peleamos por la posesión de insectos en cajas de fósforos. Para martirizarme, Billy pisó deliberadamente

una de las cajas, y aplastó a su habitante. Cuando nos reconciamos después de esta violencia, nos sentamos a hablar un rato, sin plan ni hilación, sobre la muerte en general, y sobre irnos al Cielo, pero ya nos estábamos aburriendo y hablando con indiferencia, hasta que hice algo verdaderamente perverso: entré en la casa, me fui arriba, al dormitorio de tía Mary, y traje la muñeca envuelta en papel de seda. Billy nunca la había visto, y se impresionó tanto con ella como me había impresionado yo la primera vez.

La tratamos con mucho cuidado. Le quitamos el sombrero, y los zapatos y las medias, y examinamos cada puntada de su ropa interior. Luego jugamos vagamente de "operarle" 'el estómago, pero estábamos demasiado temerosos por ella para que el juego saliera bien. Después se nos ocurrió adorarla con flores. Había un macizo florecido que yo tenía por mío, cortamos las flores e hicimos una corona para la muñeca inanimada. La colocamos en el sendero del jardín, y la rodeamos de flores, y de aliento de niño, y le pusimos un cosmos rosado y recién cortado en una mano. Se veía muy bello. El juego era mucho más interesante que el de la "operación". No sé cual de nosotros lo dijo primero, pero uno de los dos lo dijo, con salvaje alegría: aquel era el funeral de Gwendolyn, y el verdadero nombre de la muñeca era, y lo había sido siempre, Gwendolyn.

Pero en eso llegaron mis abuelos al jardín y nos hallaron, y mi abuela se puso furiosa porque yo había osado tocar la muñeca de Tía Mary. A Billy tocar la muñeca de su casa, y yo no recuerdo qué castigo terrible me impu-

separó temporalmente de su cargo del 4 de mayo al 4 de junio de 1828, sustituyéndolo durante esos dos meses el Vice Jefe Gallegos.

Don José María Peralta y de la Vega, quien había actuado como Ministro General hasta ese momento, presentó la renuncia de ese cargo, y en su lugar se nombró en agosto de 1825 al Licenciado don Manuel Aguilar.

El señor Aguilar desempeñó el cargo hasta el 18 de enero de 1827 en que solicitó licencia temporal y no volvió al puesto. Para sustituirlo fué nombrado, con el título de Ministro General interino, el ciudadano don Joaquín Bernardo Calvo Rosales, quien fungió hasta el fin del periodo.

Algunos hechos importantes de la primera administración de don Juan Mora Fernández

Se fundó la Casa de la Moneda. Se acordaron premios a los descubridores de nuevos caminos.

Se rebajó en una mitad la onerosa contribución del diezmo.

Se sofocó una revolución realista acaudillada por el español José Zamora, quien fué fusilado; sus cómplices fueron enviados a presidio.

Don JOSE MARIA DE PERALTA Y DE LA VEGA



Ministro General de 1824 a 1825. (Sus datos personales ya fueron consignados anteriormente).

El 19 de julio de 1825 presentó el señor Peralta su renuncia al Jefe Supremo manifestándole que las consideraciones con que lo ha distinguido le estimulan a hacer cualquier servicio a que se le destinase; mas como sabe que resuena y se nota en el público la calidad de no ser natural de la República como lo exige la Constitución para el desempeño de ese cargo, sufre su pundonor aquel abatimiento, y para librarse de él suplica debidamente se nombre a otro.

El licenciado don Manuel Aguilar a quien se ofreció entonces dicho cargo se negó en esa oportunidad a aceptarlo.

Con fecha 22 de julio siguiente, el señor Peralta volvió a escribir al Jefe Supremo diciéndole que el día siguiente se retiraría del Ministerio por hallarse sumamente enfermo, en solicitud de los auxilios de su casa, y que cuando su salud se lo permitiese volvería para formar el índice del archivo, el cual quedaría entretanto a cargo del ciudadano don Joaquín Bernardo Calvo, si eso fuese de la aprobación del Jefe Supremo.

En el mes de agosto siguiente, el Jefe del Estado aceptó la renuncia del señor Peralta, y se nombró Ministro General al licenciado don Manuel Aguilar, quien

inmediatamente se hizo cargo del Despacho.

Licenciado don MANUEL AGUILAR CHACON



Ministro General en la primera administración de don Juan Mora Fernández.

(Sus datos personales serán consignados más adelante).

Fué nombrado Ministro General en el mes de agosto de 1825 para sustituir al señor Peralta que renunció.

El 18 de enero de 1827 solicitó licencia temporal para abandonar el puesto, y ya no volvió más a él. Lo sustituyó hasta el final de la administración el ciudadano don Joaquín Bernardo Calvo, interinamente.

SEGUNDA ADMINISTRACION DE DON JUAN MORA FERNANDEZ

Al terminar su primer periodo el señor Mora Fernández fué reelecto unánimemente para el periodo siguiente, de 1829 a 1833.

Igualmente fué reelecto para el mismo periodo el Vice Jefe, señor Gallegos.

Ambos funcionarios tomaron posesión de sus cargos el 8 de mayo de 1829.

Durante este periodo, el señor Mora Fernández se separó

del Poder, por distintos motivos, en las fechas siguientes:
del 6 al 29 de agosto de 1831;
del 17 al 25 de noviembre de 1831;
del 10 de febrero al 26 de abril de 1832;
del 14 de enero al 14 de febrero de 1833;

En todas estas oportunidades fué sustituido por el Vice Jefe señor Gallegos

Como Ministro General actuó durante este gobierno el ciudadano don Joaquín Bernardo Calvo Rosales.

Hecho importante en la segunda administración de don Juan Mora Fernández.

Se introdujo en Costa Rica, por el ciudadano don Miguel Carranza Fernández, la primera imprenta (ésta se encuentra ahora en el Museo Nacional). También se publicó en esta época, el primer periódico: "El Noticioso Universal".

Don JOSE RAFAEL DE GALLEGOS ALVARADO



(Sus datos personales serán consignados más adelante).

En calidad de Vice Jefe, y su-

pliendo al Jefe don Juan Mora Fernández, ejerció el Poder:

del 4 de mayo al 4 de junio de 1828;

del 6 al 29 de agosto de 1831;

del 17 al 25 de noviembre de 1831;

del 10 de febrero al 26 de abril de 1832;

del 14 de enero al 14 de febrero de 1833;

Don JOAQUIN BERNARDO CALVO ROSALES



Ministro General en la segunda administración de don Juan Mora Fernández.

PADRES: José Bernardo Calvo y María Manuela Rosales.

NACIO en Cartago el 20 de agosto de 1799.

CASO en primeras nupcias el 7 de noviembre de 1823 con Juana Vicenta Fernández; y en segundas nupcias el 13 de junio de 1840 con Salvadora Mora Pérez.

Fué uno de los discípulos más distinguidos del bachiller Rafael Francisco Osejo. Comenzó su carrera pública como maestro de escuela. Secretario de la Municipalidad de Cartago en 1824. Fundador del periódico "El Noticioso Universal". En 1835, como consecuencia de la guerra de la Liga, cayó en desgracia con el gobierno de Carrillo, y tuvo que trasladarse a Nicaragua, regresando en 1838. Volvió entonces a ser maestro de escuela. En 1840 fué nombrado Magistrado de la Corte Suprema de Justicia, y posteriormente fué nombrado diputado. En 1842 se le nombró Redactor del periódico "El Mentor Costarricense". En mayo de 1844 fué designado para Secretario de la Universidad de Santo Tomás, que se inauguraba en ese momento. En 1846 fué nombrado Intendente General, cargo que dejó poco después para volver al Congreso a servir como diputado. En 1847 fué miembro de la Asamblea Constituyente.

Ministro en los gobiernos de don Juan Mora Fernández, don José Rafael de Gallegos, don José María Alfaro, Dr. don José María Castro Madriz, y don Juan Rafael Mora.

En 1863 fué electo Senador, siendo luego nombrado Presidente del Senado. El Congreso, en junio de 1852, le había señalado una pensión vitalicia "como una pequeña manifestación de gratitud nacional por los muchos e importantes servicios que ha prestado a la República."

MURIO en San José el 20 de octubre de 1865.

EL IDEAL

"La fuerza del ideal es incalculable. Mirando una gota de agua, no vemos en ella traza de fuerza; pero, si penetra en una grieta de una roca y allí se congela, hace saltar la roca. Si el fuego la vaporiza, pondrá en movimiento la máquina más potente. Se ha operado en ella un cambio que ha activado su fuerza interna. Lo mismo sucede con el ideal. Los ideales son pensamientos. Mientras continúan en estado de pensamientos, su fuerza interna es inoperante, incluso cuando van acompañados del más vivo entusiasmo y la más profunda convicción. Su fuerza sólo es operante en el momento en que los ideales se incorporan a un ser humano con sentimientos depurados".

ALBERT SCHWEITZER

"Hay muchos modos de servir al ideal, y a cada hombre se le debe pedir que lo sirva según su natural impresión, y a cada Pueblo que lo encienda según su propio genio."

ANGEL GANIVET

"Todos los hombres son buenos cuando no están delante de una pasión, de un interés o de un error".

EUGENIO MARIA HOSTOS

"Quien posea un verdadero criterio histórico podrá entusiasmarse con sistemas distintos del suyo, y no los traerá para acomodarlos a sus ideas, sino que los pondrá en el medio en que se desarrollaron, y comprenderá su razón de ser en el mundo."

MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO

"Tenemos el deber de respetar la humanidad y la personalidad, de tolerar nuestras diferencias y los modos del comportamiento social, interno y externo, que nos sean extraños, y, por último, de asociarnos para una ayuda mutua, tanto en las calamidades como en las grandes empresas".

"Sé que los hombres, a los que subyuga un ideal rígido, cultural o religioso, son insensibles al llamamiento de la libertad, nacional o humana. Pero no podemos, a causa de ellos y de sus prejuicios, renunciar a finalidades y aspiraciones más elevadas".

S. V. PUNTAMBEKAR

El Pájaro de Fuego, Música de Igor Strawinsky

por LUIS FERRERO ACOSTA



PARECE mentira: ha transcurrido una década y entonces era yo un muchacho desmirriado, — aún lo soy—, pesosillo y presuntuoso a quien sus condiscípulos creían por su aire un grave pensador. Oh fatuidad de aquellos tiempos!

Me alistaba a partir para la escuela cuando oí de golpe, en el radio, anunciando "El Pájaro de Fuego", música de Igor Strawinsky. ¿Una ave tan prodigiosa como el seductor pájaro de la Tía Panchita? ¿Habitaba un palacio encantado? El gusanillo de la curiosidad no trabaja en balde. ¿De fuego?... Para mí únicamente eran igneos el carbunco y el gusano de luz que se arrastra dejando una fosforescente estela rápida en apagarse. ¿Podría serlo también otro animal? Celoso con el tal "Pájaro de Fuego", temía que este suplantara

al forjado en las lecturas de la Tía Panchita y por eso acogí el anuncio con cara ceñuda. Cuán equivocado andaba...!

Un silbido nítido y firme empezó por sumergirme en una maravilla incomparable: lleno de júbilo vi al pájaro del dulce canto, al ave millonochesca de los cuentos leídos. Habíalo imaginado con plumaje multicolor y reluciente en medio de dorada jaula. Imaginaba que al cantar se esparcía un perfume de las plantas que alcanzaban a oír su canto. La música de Strawinsky, sensualidad y orgía armoniástica, hizo me convertir el pájaro de multicolor y reluciente plumaje en un rubí como el fuego, ánima grácil y viviente. Habitaba otro mundo y poquísimos eran los agraciados en contemplarle. Había transmigrado abandonando su dorada jaula —aquella en medio de espaciosa sala señorial. Libre, a su antojo, por una selva hechizante y em-

brujada... Qué contraste! Jugueando, floreciendo de pronto en linas, tornando a la soledad de la selva que conocían perfumadas flores... Escondíase en la selva para luego reaparecer picarón, agradecido de su libertad. Impetuoso e irreflexivo! Sabía despertar con fina astucia hondos sentimientos porque encarnaba precisamente la belleza que

vive en cada uno de nosotros. Cuando saltaba y aparecía en la fronda con un guiño pícaro quería ser una historia descriptiva y altamente lírica. Aquellos guiños directos dominaban la acción y su etereidad ganaba simpatías. El colorido de la escena, la intensidad lírica de la música, los ecos del revolotear del "Pájaro de Fuego", venían a expresarse con poesía en mi mente.

Era un mito construido con brillo, en una música de acción violenta a ratos, contemplativa y auditiva en otros. Mito rico en tema y color! Un golpe rudo, atonal, vino a establecer una lucha, en la misma que trae Shakespeare en su "Tempestad": Ariel y Calibán...

La música es intangible e inexpressable, solía decir un maestro que tuve. La duda no me asaltó: tenía seguridad de que esa frase por sí no podría ser valladar a mis fantaseos. Pero qué dulce es fantasear, qué bello y representativo es lo forjado por imaginación. Pobre de los que no saben capturar lo azul inasible...! Cómo los compadezco! Bien comprendía que mi "Pájaro de Fuego" era sólo fantasía. Sobrevino en esa cruda lucha, una realización obstinada, un afán de vencer, un anhelo de pervivir. La pasión desbocada del símbolo del ave fueguina puso vertig/noso rumbo a la euritmia, luz y armonía, danza y música. Su vuelo era siempre un movimiento armonioso y rápido aun en lo más duro del combate. No quería dejarse vencer. El duelo adquiría trascendencia y la lucha entre Ariel y Calibán tomaba tonos de un conflicto apasionador. La orquesta finalizó y el pájaro de un suave volar como el arrullo de la irisada ola marina no me abandonó desde aquel instante. Triunfó Ariel, simbolizado por el ave, y ésta vino con impetuosidad irreflexiva a simbolizar para mí una expresión artística, a renovar la fe en la belleza. Parecía hacer resurgir una misteriosa fuerza que ya me ligaba con los animales... Fue un despertar a la naturaleza sublimada que logró la fina astucia, los guiños y el vuelo armonioso y rápido de un ave imaginada.

Esa tarde cuando llegué a lecciones, la campana con su vozarrón más viril que femenino, había llamado a filas y la maestra ya explicaba su materia. Llegué retrasado pero no me importó ni un comino porque en cambio había adquirido unas nuevas sensaciones y renovado mi fe en la belleza. Qué más puedo decir?

Sea Práctica
cosiendo su propia ropa

En EL CENTRO SINGER
DE COSTURA

aprenderá todo lo relacionado
con la costura casera y
economizará así el

50% en su Vestuario

Escoja el horario que mejor le convenga

CURSOS DE:

Corte y Confección - Ajuste de Moldes - Bordados a Máquina - Decoración
del Hogar - Puntadas Artísticas - Reforma de Ropa.

En el Centro Singer* de Costura encuentra ADORNOS y
ACCESORIOS de primera calidad, necesario para la costura casera.

SINGER SEWING MACHINE COMPANY

San José, Avenida Central N° 501 — Apartado 488 — Teléfono 2617

* Marca Registrada de The Singer Manufacturing Company.



MARIAN ANDERSON, Ser Humana

La música es una revelación más alta que la filosofía.

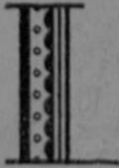
BEETHOVEN

o:

...es todo lo que no puede expresar el lenguaje humano.

LOPEZ DE AYALA

o:



A voz cálida inspiró uno de esos viajes que se estiman con todo el corazón; de los que perduran hasta ser vitalicios...

"Filadelfia, la ciudad del amor fraternal!"

Motivos numerosos atraen al hombre genuino: cuna de la libertad y de las primeras instituciones culturales de los Estados Unidos, con su amplio bulevar de los bellos museos (Te evoco, Auguste Rodin!)...

Y al arribar, "Hacia el Sur, verdad?" Ambular mío sentimental que únicamente un espíritu como el suyo podía comprender. Sí: era un anhelo viejo que acariciaba: transitar por los sitios que la contemplaran en sus andanzas de niña, abriendo sus hermosos ojos a las maravillas de este mundo... Ver los lugares en que sus manitas cuatros años se maltrataran con faenas rudas porque ya había un claro ideal: quería dedicarse a la música, y en esa tierna edad, economizaba los centavos para comprar un violín. Yo tenía deseos de caminar por el barrio tan pobre de las gentes de color que, en su juventud, también supieran de sus nobles aspiraciones; que más tarde la vieran regresar a su lado para disfrutar con ellas de la apoteosis.

No se reunían los dólares necesarios para satisfacer las urgencias de la familia; el padre vendía hielo y carbón y la madre enseñaba en una escuelita humilde y se hacía cargo de lavar ropa ajena. Mas... reinaba el júbilo acendrado de los que quieren con

toda el alma, de los que saben cantar para aliviar penas...

Amar la música, es conocer el secreto de ser consolado.

MAUCLAIR

Es agradable el lar que abre la puerta a los vecinos que llegan a cantar sus "espirituales" al calor de los Anderson que iluminan con el fuego de su bondad! Ayuda tanto a embellecer la vida eso de compartir alegrías y sinsabores!

Desde la más temprana infancia, Marian sintió hondamente la angustia de los negros y empezó a expresarlo con su voz celestial que concitaba los ánimos todos. Y quién podía entender su mensaje con más profundidad que sus hermanos, los hijos de Cam? Desde niña exaltó lo más noble con sus canciones religiosas; les prodigó lenitivo y esperanzas en una auténtica solidaridad. Los feligreses de Fitzwater y otras calles cercanas, daban sus moneditas para que Marian pudiera recibir sus lecciones, pero también se auxiliaba y contribuía al hogar, con las que obtenía al substituir al cantante, de soprano a bajo, que faltaba al coro de la Iglesia de South Martin Street.

Si a los seis años apareció en un dúo y en la aurora de su adolescencia, atrajo el interés de la Sociedad Coral de Filadelfia que dió un concierto en su beneficio! A los diecisiete, Marian empezó a ser alumna de Giuseppe Boghetti y durante un lapso apreciable, trabajaron con mucho entusiasmo y seriedad; pronto él formuló planes muy ambiciosos para ella y la estimuló para que comenzara a dar recitales. Jamás pensó en las dificultades que habría que vencer!

En 1925, Marian Anderson participó en un concurso en el Estadio Lewison en que competían trescientos artistas. Frisaba entonces en los veintidós y obtuvo el éxito más rotundo que consistía en cantar con la Orquesta Filarmónica de Nueva York. Pero... los contratos hallaban un obstáculo: los prejuicios raciales. Kirsten Flagstad y Lily Pons (Entre cuántos?) fueron descubrimientos estadounidenses, mientras que una estadounidense cumbre que se reveló sola, no podía alcanzar el escenario por la oscuridad de su diel.



Sólo la estupidez humana puede dar idea de lo infinito.

RENAN

Mas... los tropiezos fueron estímulos para que, en lo sucesivo, el arte se transformara para ella en un medio elevadísimo para reivindicar los derechos de su raza, de todos los oprimidos por la estulticia de algunos hombres.

En el 29, Marian Anderson ganó la beca Julius Rosenwald y se dispuso a viajar y a estudiar dentro de muy estrechos límites económicos. Inglaterra le brindó hospitalidad muy calurosa y allá empezó la defecación en Europa: Francia, Bélgica, Holanda, Italia, Dinamarca, Suecia, Noruega, Rusia. Y en agosto del 35, se verificó el Concierto de Salzburgo en el que la excelentísima habría de conquistar el pináculo de la gloria inmarcesible con su bel canto. En ese Festival, Toscanini exclamó muy enternecido:

"Una voz como la suya, Marian, tan sólo se da una vez en un siglo!"

Hasta esa fecha, la diva por antonomasia era conocida en su tierra natal por grupos muy selectos de artistas y melómanos. El público no había oído su nombre cuando, en la Salle Gaveau de París, la escuchó con devoción Sol Hurok, ese hombre dilecto que merece figurar en la historia del arte moderno en sitio de preferencia. Ni la más pequeña duda: esa noche memorable, él tuvo la más completa seguridad de haber encontrado el tesoro más precioso. Y muy pronto, firmaron un contrato en que él le garantizaba quince audiciones en una temporada.

El afamado ruso anhelaba ofrecer el prodigio a numerosos coeterráneos de ella por el superfino deleite? O... gustaba él del desafío? O... deseaba regalarles una lección meridiana de humanidad? Porque el empresario, más que hombre de negocios, es un artista con el más puro sentimiento de fraternidad.

Primer concierto de rumbo en los Estados Unidos, en Town Hall! Hurok espera muy inquieto el arribo de Marian Anderson... desde el muelle la ve descender cuidadosa y lentamente: se había fracturado un hueso del pie! El se siente invadido por el pánico: no puede imaginar un estreno con la artista en silla de ruedas. Marian aparece tranquila. Es la eutimia en persona! Todo saldrá bien! Sugiere novedades para el arreglo del escenario con el fin de que el auditorio no se dé cuenta de su condición. Después del intermedio, ella da explicaciones y el público se levanta para rendirle su afectuoso tributo a su valor y a su serenidad. Y la ovación crece en fervor hasta coronar el acto inolvidable!

Los recitales se suceden y la contrato genial tiene que volver a Europa. Esta vez incluye a Suiza, a Monte Carlo y a España. En el Viejo Continente unos países la absorben; en los escandinavos, da ciento doce conciertos en una temporada. Gentes sensibles y cultas de todas partes la reclaman, la urgen, la imploran: de Palestina, de Egipto, de la América del Sur... En Buenos Aires canta doce noches consecutivas porque sus oyentes lo suplican con efusión! En una oportunidad, recorre veintiséis mil millas y da setenta audiciones, caso único en la existencia de un artista! Y es que Marian Anderson, con el brío que dan la fe en una lid y la confianza en las propias potencialidades, ha re-asumido el arduo misterio: predicar por medio de su arte de rara excelencia y de su vida, de rara excelencia, el apremio de crear la más legítima solidaridad humana! Tiene conciencia diáfana de su alta misión, y la cumple con plenitud que asombra porque las dificultades para realizarla exuberan y son inmensas.

Según los doctos, en 1939 ha alcanzado la más completa riqueza vocal: su registro extraordinario posee tres de las cinco octavas que tiene la voz humana, y sin la más pequeña imperfección. Su coloratura y su portamento son únicos y por eso, uno de sus



critica, afirma
tegorías de M
rian Anderson un S
divarim Heifetz.
destino instrum
to inconstru
cho justame
Le ha
Las H. Revolu
(¿Cuál?) como
vernicolas año, a
pedir que glori
género en el C
titution B. su co
(Oh, Mar) una por
el Sol te protesta
gorosa de almas
suena en y Elea
Roosevelt despre
ble entidad, pre
lizara G. su céle
pintura. La más se
gica se mas los se
res por y las
egregias p. ponen
relieve la tal c
portamien para una
mocracia. las
gencias p. otro a
torium T. y mo
ta con el que odia,
ta. Sol H. el S
Harold H. del S
terior. que a da
concierto ad hoc
Mommens
Y el día de R
rrección (a), una
titud en la aparece
lo más magníf
cia. Marian levanta
ojos hímicos para
verencia como...
namente nuestro ller
majestad para a c
para la suzo mil
sonas que Y es
lla muchacho con
estremecida sollo
las lágrimas de lo
hondo, bromaciones
un ruego al cielo
la dignidad?
Suceso que un
mural de H. dió p
tuidad en el momento d
terior en 1935. En
del 43 se da una
carrera para tri
a Marian un hom
espléndido por se
unido otros clases

de rara Excelsitud

afirma cal- de Ma- un Stra- Heifetz. El instrumen- le ha he- cargo... Revolución como ca- año, al im- gloria del en el Cons- su color. Ma- una prote- almas re- y Eleanor y desprecia- siempre ridi- su célebre más en- los secto- y las más ponen de tal com- para una de las dili- otro audi- y moles- que odia, obs- con el Señor del In- a dar su ad hoc: el de Resu- (o), una mul- en aparecer en s su magnificen- levanta sus para re- como... sere- te nro lleno de a cantar as mil per- que Y es aque solo corazón pedía sollozos y de lo más bromaciones como al cielo por que!

probarle el reconocimiento univer- sal por su grandeza como ser hu- mano y como artista. Universi- dades y otras instituciones cultu- rales la han doctorado en músi- ca. Obtuvo la Medalla Spingarn, y el Premio Bok de diez mil dó- lares que se otorga al individuo que haya hecho más por Filadelfia.

Abundan los aplausos y otras distinciones. Los periodistas ase- dian... "Cuál ha sido, Marian Anderson, el momento más her- moso de su existencia". Ella son- rie... y el interrogador sugiere: "Fué en Jackson, Mississippi, cuando medio asfixiada por el calor, accedió a cantar cinco veces una composición y los escuchado- res aun se negaban a abandonar el recinto? Y luego los complació con Swanee River y al llegar a la segunda estrofa, solicitó que to- dos la acompañaran y la fruición los hizo llorar?" O... cuando Tos canini aseguró que su voz no tie- ne rival? O... cuando Constant- tin Stanislavsky, "el solo toda una etapa del arte escénico", ago- biado por un ramo de lilas en el más crudo invierno de Moscú, le suplicó que se quedara para ser Carmen? O... cuando Sibelius, en su villa en las selvas nórdicas, la oyó religiosamente y el dijo: "Mi techo es demasiado bajo pa- ra su voz" y escribió para Ud. "Solitude"? O... cuando cantó la primera vez para sus amigos los Roosevelt en la Casa Blanca? O... la segunda para deleitar a los Reyes de Inglaterra? Fué acaso aquel Domingo de Pascua, al cantar bajo el auspicio "de Abraham Lincoln"? O... o...

Y con su voz, una de las ha- blantes más musicales del univer- so, relató entonces la dulce me- moria: "Fué un día, de regreso al hogar, cuando anuncié a mi madre que no necesitaría traba- jar más para el mantenimiento de la familia".

De vez en cuando, se originan sucesos muy desagradables, pero jamás la desconciertan: siempre luce una firme austeridad ante los ultrajes hechos a sus hermanos de color, y como prueba de sin- cera amistad por ellos, priva a

los necios del prodigio de sus can- ciones. Si en algún teatro o hall Ella distingue a los suyos agru- pados, se inclina y los reverencia para saludar luego al resto del público. En una ciudad rehusa butacas a sus gentes después de firmar el contrato, lo cancela sin comentarios. En otros sitios hay discriminación racial, no acepta compromisos aunque le ofrezcan muchísimos dólares. Nunca crea problemas, ni se queja, ni acusa aun cuando el agravio sea a su propia persona; le duele más que hieran a los de su raza.

Negro, hermano negro, tú estás en mí: habla!
Negro, hermano negro, yo estoy en ti: canta!
Tu voz está en mi voz,
tu angustia está en mi voz...
También yo soy tu raza!

REGINO PEDROSO

Si un chofer no la lleva, espe- ra otro. Si un hotel céntrico no la recibe, busca uno en el barrio de los hijos de Cam, aunque se vea obligada a recorrer una lar- ga distancia para ensayos y reci- tales... Jamás reclama, ni hace observaciones contra nadie... Só lo construye como todos los gran- des de verdad...

Pliego la cortina que no es del escenario. Cómo es la dama au- gusta en la intimidad? Su padre murió en 1920 y Marian brindó aun más cuidados tiernos a su progenitora. Se telefonean conti- nuamente y si el concierto va a darse a unas cien millas o la hija va a recibir un premio o un ho- menaje, la madre hace el trayecto. En una ocasión, había detrás de la Señora Anderson una que aplaudía frenéticamente mientras aquella disfrutaba en silencio y quietud del triunfo de su bienama- disima. La entusiasta susurró con furia: "Por Dios, mujer, cómo puede Ud. permanecer ahí senta- da, con esa indiferencia? No sabe Ud, que Marian Anderson es una artista maravillosa?".

Qué profundo cariño para sus dos hermanas y para su sobrino (Hay más familiares hoy?) Y qué alma tutelar para su genial ma- rido, el arquitecto Orpheus Fisher! Es para ambos un oasis la villa Marian, en Connecticut; un paraíso en que los dos llevan (On ce in a blue moon) una existencia plácida, con las alegrías del campo que aman de verdad, y donde Marian estudia tenazmente con Franz Rupp al piano.

Marian viaja muchísimo y, gran dueña de casa, suele acompañarse con quince valijas de las que sólo una contiene ropa; las otras son para el fonógrafo, el aparato de grabar sus canciones, su má- quina de coser, telas, patrones, hilo, agujas, plancha eléctrica, utensilios de cocina para hacer los platos de su agrado... A Ma- rian le fascinan los quehaceres domésticos (y es buena agricul- tora también) y tal vez, en su ca- sita ambulante, halle consuelo a sus saudades hogareñas. Porque alejarse de sus lares, es un sacri- ficio.

Otra indiscreción! Marian rue- ga que no se dé publicidad a he- chos que considera sin importan- cia; le disgusta que se hable de su generosidad, pero como es mu- nificente, los favorecidos (Perso- nas, instituciones, causas...) se complacen en elogiarla, en iterar apologías diversas. Da con splen- didez, da con amor y da también con fe a organizaciones que labo- ran por el mejoramiento integral de los negros.

Anecdótico

Por Carlos Fernández Mora

Nacional



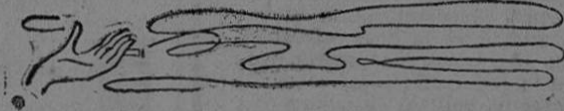
L Licenciado don Ricardo Jiménez fué un gobernan- te recto y jus- ticiero. Cuando alguno de sus empleados subal- ternos faltaba a sus deberes como servidor del Es- tado, sabía aplicarle su merecido castigo.

En una oportunidad, un Jefe Político de uno de los cantones de la provincia de Guanacaste asis- tió a una reunión política; ente- rado el señor Presidente Jiménez Oremano del hecho, envió a un

delegado personal suyo a investi- gar la denuncia, y a que levanta- ra una información.

Aclarada la situación, don Ri- cardo le llamó seriamente la ater- ción haciéndole notar que los fun- cionarios públicos investidos de autoridad no tienen de ninguna ma- nera que manifestar su color po- lítico. En el telegrama que le di- rigió, le decía poco más o menos lo siguiente:

—"Lo que el Presidente de la República quiere es un Congreso amigo, PERO ELEGIDO EN LA LIBRE VOTACION ELECTO- RAL"...



Muy amplio y variado es el re- patorio de Marian Anderson. Y su habilidad singularísima la fa- culta para ir de un aria de Pur- cell a un lied de Brahms o de Schubert y de éste, a un "espi- ritual" melancólico y desgarrador. En algunos programas también in- cluye canciones festivas en que ostenta sus exquisitos donaire y humorismo. Lee y medita; estudia y penetra en la entraña misma de cada composición y, cuando puede, en el alma de su autor: Bach, Haendel, Schubert, Scarla- tti, Saint-Saens, Hugo Wolf... Así llega a la esencia de la obra q' luego ha de interpretar para los demás, que ha de re-crear porque en cada canción hay mucho de su talento y sensibilidad genuinos. Y la prenda milagrosa exalta su va- lor cuando Ella, la dama de so- beranía, aparece en el escenario y canta porque, como una actriz consumada, se esñorea de sus oyentes.

Mas... qué significa ese tesoro cabe el portento de los negros espirituales que canta la diva de supremacía? Marian Anderson es "la voz de una raza" que gime, suspira y lamenta la terrible in-

justicia! Marian Anderson es tam- bién la voz de una raza que sa- be esperar, que tiene fe... Yo he escuchado a Marian Anderson cantando sus negros espirituales, y hoy que anhelo expresar mis sentimiento, alcanzo lo inefable... me faltan las palabras! Con "Na- die sabe la pena que yo he vis- to", transmite el dolor de los suyos y conmueve hasta que uno siente el corazón a punto de romperse. Y la tragedia va creciendo desde que Marian entona "Estabas allí cuando crucificaron a Nuestro Se- ñor?" hasta que, después de un abbassamento di voce termina re- citando piano assai:

Inclinó su cabeza y murió sin murmurar ninguna palabra.
Inclinó su cabeza y murió sin murmurar ninguna palabra.
Ninguna! Ninguna! Ninguna!

El sufrimiento ya desconoce lí- mites, sacude, embarga y hace llorar como una liberación. En- tonces... uno piensa que Marian Anderson deja de ser la voz de una raza, para convertirse en la voz de una humanidad doliente.

LILIA RAMOS



MEDITACION CENTROAMERICANA

Por Luis Barahona J.



N torno al año crucial de mil cuatrocientos noventa y dos, fecha gloriosa en los anales de la historia universal, dióse comienzo en estas apartadas tierras de Centro América a la magna empresa del Descubrimiento y la Conquista.

Cosa de maravilla, asunto de historias septentrionales parece aquel denuedo en el combatir por su Dios y por su Rey, aquel celo en el predicar el Evangelio, aquel afán de fundar ciudades, de crear instituciones, de descubrir nuevas tierras. Pero hay más, que el imperio de los Austrias, magestuoso y potente como el vuelo de sus águilas, único en el mando y la obediencia, dilatado y universal como el orbe, era también armonioso y cordial, poético y místico a la vez.

Allí están sus monumentos jurídicos, allí las defensas a favor de los indios, las mil empresas de sus capitanes, el bizarro trotar de sus poemas heroicos y el heroico morir de sus apóstoles, atestiguan para siempre qué ideales fueron los que dieron vida a tales obras y qué Dios fué aquél por el que se libraron batallas, se entonaron cánticos y se fecundó la tierra virgen con la sagrada sangre de los mártires.

Con lo dicho basta para percartarse de la compleja y variada constitución del ideal hispánico. Sin embargo, puede decirse que en su ultimidad más recóndita aparece siempre como elemento informente el sentido cristiano de la vida en cuanto es conocimiento, amor y servicio de Dios en la tierra. Entendiendo por conocimiento de Dios la unidad de la fe y la fe en la salvación de todos los hombres, pues a todos se llama al convite celestial—erat lux vera, quae illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum— sin distinción de razas, de castas, ni de clases. Esta unidad es la base, el fundamento del orden, la justificación suprema del mando, sea cual fuere la forma política en que se ejerza, toda vez que la autoridad debe tender al perfeccionamiento de la conducta humana en función de sus fines naturales y sobrenaturales. El amor vivifica esta unidad en el orden, es la savia que la sustenta, como la sangre al organismo. Mediante el amor a Dios todos los pueblos disfrutan de idénticos derechos, la misma dignidad humana, las mismas prerrogativas sobrenaturales, sean griegos, judíos, árabes, indios, negros, malayos o mestizos. El amor está sobre toda ley, porque Dios mismo es amor, en frase del Evangelista. De aquí que el cristianismo sea esencialmente doctrina de amor, y la cristiandad, la comunidad o hermandad de los que creen y viven en Cristo. La caridad es, pues, el vínculo que nos une, la gracia que nos santifica, la sangre que nos regenera y nos comunica la vida divina. No podía darse un ideal más eficaz para la regeneración individual, para la colaboración y el progreso social y para la paz, la justicia y el orden.

He dicho anteriormente que la base de nuestro ser se halla en estos ideales. Desgraciadamente han soplado fuertes vientos en lo que va de la Independencia a esa parte, llevándose a su paso las más puras esencias de nuestro ancestro hispánico. Como los ár-

boles sin raíces que amarillean y mueren al primer estío, así nuestros pueblos desvinculados de la común herencia, sin memoria ni recuerdo de su nobleza, de su prospaña espiritual.

Centro América carece de personalidad, entendida ésta como la referencia consciente y estable al origen del ser de la centroamericanidad.

El ligero sentimiento de simpatía que a las veces se manifiesta hacia el pasado hispanoamericano no implica, ni con mucho, un reconocimiento cabal de ese pasado como nuestro, como constitutivo esencial de nuestro ser.

Nuestros orígenes están ahí, pero como formas caducas, como recuerdos que se tornan amables únicamente en virtud de la hiedra que orna el paisaje histórico, ese que suelen invocar los incondicionales esletas del pasado. Y claro está que al aceptar la caducidad de las formas históricas que revistió el ideal hispánico, nos situamos en el presente sin él. Ahora bien, ¿cuál es el ideal de los nuevos tiempos, el ser de esta nueva Centro América desprovista de conciencia histórica? Efectivamente un ser impersonal, un conglomerado amorfo, como un cuerpo sin alma, sin verdadera vida espiritual, sin presente ni futuro. Los pueblos que viven de espaldas a la historia, que desconocen las esencias ideales que inspiraron y conformaron su pasado, no viven, sino que se desviven, se anonadan, porque vivir es precisamente ser de verdad, progresar en el ser por la razón última del ser, vale decir, en función de sus ultimidades, ésas que predica y en seña la religión de Cristo. Alguien ha dicho que así como los hombres rigen sus vidas por la causa final y su finalidad se encuentra

en sus principios, así los pueblos encuentran su porvenir en sus mismos orígenes, tan pronto como empieza a dibujarse en ellos la vocación de su destino. En otras palabras, es necesario que los pueblos se alimenten de los jugos espirituales de su pasado si quieren cumplir la misión histórica que les corresponde.

Centro América sufre hoy el pecado de haberse olvidado de sí misma. Hoy no somos, no tenemos una auténtica vida centroamericana porque hace mucho, quizá un siglo, que abandonamos nuestro ser, y con él, nuestro único haber, para vivir de prestado sucesivamente del ser de Francia, de Inglaterra, de Estados Unidos y de Rusia. Vano intento ese de sustituir lo insustituible; locura revolucionaria que sólo la ignorancia o la mala fe puede explicar, ya que la historia jamás podrá justificar esta ciega entrega de nuestro ser por los oropeles de los enciclopedistas, de los librecambistas, y hoy, del socialismo anticristiano y ateo. "A ningún hombre, —ni a ningún pueblo que es, en cierto sentido, un hombre— se le puede exigir un cambio que rompa la unidad y la continuidad de su persona", ha dicho Unamuno. Lo que determina a un pueblo, lo que le da personalidad, es un principio de unidad, de continuidad y trascendencia. Y estos son los elementos que constituyen la médula y el ser mismo de la hispanidad.

Los frutos amargos de nuestro pecado están ahí: Un conglomerado informe de países en disputa y enemistad continuas, con una política sin ideales, que cambia constantemente con el advenimiento de los nuevos "AMOS", con una economía que hipoteca al extranjero el futuro de las naciones

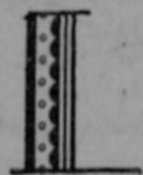
al vender sus recursos naturales, con una corrupción que a todo y a todos alcanza, y una miseria que avergüenza, y todo esto en medio de los derroches y galas incompatibles de esta tierra cálida y pródiga que bien podría ser, como se dice por ahí, aunque con sobrada ligereza de espíritu, paraíso de eterna primavera. Pues bien, ante tales desengaños sólo cabe un retorno a la sinceridad, un despojarnos de lo verdaderamente vano por postizo y vano, para renacer, para redescubrir, desde la atalaya vigilante de nuestras nos neocolombinas, la tierra firme de la fe en los destinos de Centro

América, que es destino de unidad, de fraternidad y de ecumenidad cristiana. Esta unidad y fraternidad trascendentes deben ser para nosotros algo más que la ilusión acariciada por aquellos que la propugnan desde planos meramente materiales o políticos. Estamos ciertos que la conciencia de su peso se encuentra esparcida en todos los que integran las generaciones jóvenes de Centro América. Pienso que esta llamada no debe hacerse desde el altopiano de la demagogia, ni tampoco desde las cumbres de la gestión política del Estado. Esta es misión de selectos para selectos, de almas nobles y bien nacidas sobre corazonas amantes de las causas santas y redentoras. Se trata, en definitiva, de la causa de la hispanidad, y en ella, de la restauración cristiana de esta faja de tierra que va de Tehuantepec a Panamá, que tan mal conviven seis repúblicas hermanas por herencia de sangre y de espíritu...

Esto es lo que la hora actual nos pide y el único camino para reestablecer la arquitectura moral, intelectual y política de la Gran Patria de Morazán.

GRANDEZA Y SERVIDUMBRE DEL TRADUCTOR

Por Julio de Huelci



A Unesco va creando entre otras cosas una nueva Escuela de Traductores. En lenguas muertas, ya se decía lo que hoy en la lengua más viva se repite: "All the bagginings are difficult". (Todo comienzo tiene dificultades). A pesar de los pesares, se puede predecir sin jactancia alguna que esa escuela tiene ya amplitud y trascendencia. Su "Correo" y sus "perspectivas" son trilingües, como los Colegios plurales de la época floral universitaria. Es como ellos, una nueva y distinta apelación a gentes de raza, idioma y cultura diversas y dispersas; en modo alguno divergentes.

Cierto, como se decía en una lengua universal adormecida, que no hay nada nuevo bajo el sol. Por ello, tal vez no sea ocioso recordar antecedentes de una egregia escuela pionera. Su heraldo precursor se anuncia con claros clarines en Toledo. "Once upon a time"... "Erase que se era"... anteayer: El año 1085, Alfonso VI, al conquistar la ciudad del Tajo, entra precedido por sacerdotes que ostentan los tres símbolos de la España unitaria en gestación: el Evangelio, la Tora y el Corán. Por vez primera en la historia se anuncia en un cruce de culturas un doble signo benemérito: asimilación, compren-

sión. Su eco, por múltiples razones dividido, revive hoy con ímpetu ascendente, en la imperiosa exigencia soterraña de colaboración internacional.

En el crucial siglo XI, y en España, cruce de caminos del Señor, musulmanes, hebreos y cristianos, encuentran en el Arzobispo don Raimundo, abad francés cluniacense, un magnífico Mecenas, que les permite señalarse a la atención universal.

Y así, la Edad Media monstruosa, la Edad Media primitiva, comienza a tornarse delicada. Su giro peculiar corresponde a la España trinitaria. La Europa, aparentemente unida bajo el signo germánico, yacia sumergida en la barbarie. En la España coetánea, aparentemente desunida, florecían las artes y las ciencias. Avicena, Avenpace, Algazel, Averroes y Avicébrón, Maimónides y Judá-Leví, lo atestiguan con claro veredicto. Estrellas luminosas en cielo tenebroso. Por sí ello fuera insuficiente, la Alhambra que habla como pocos monumentos un lenguaje no periclitado, convence al más remoto a la comprensión intelectual. Era de comprensión, de colaboración internacional. Se crea, porque el momento era propicio, la Escuela de Traductores de Toledo. Y la ciudad gloriosa comienza a imperar en el ambiente hispánico, agita en una especie de cock-tail primitivo jugos de raza, esencias de espíritu, y funda en el viejo un nuevo Cosmos: nuncio vago y diluido de lo

que se llamaría eventualmente ideal europeo. Esos humildes traductores recrean el mundo antiguo y entrañan, sin énfasis alguno, la génesis del ulterior Renacimiento. Se introducen los estudios árabes y hebreos en la Europa occidental, y el nuevo Moisés, Maimónides, "la lámpara de Israel", "el Santo Tomás del Judaismo", instaura, restaura con Averroes en la Europa inculta, el culto de Aristóteles. Las lenguas clásicas preclaras —el griego y el latín— dialogan como nunca dialogaron, a través del hebreo, del árabe y del persa, con el Verbo enigmático oriental.

En ninguna época de su historia ejerció Castilla parejo magnetismo intelectual. Los rectores de la nueva Escuela, los preclaros, se llaman Domingo Gundisalvus o Gundisalvinus, Arcebaldo de Segovia y Juan Hispalense, judío converso sevillano. Recibieron sus lecciones, entre otros menesteros conocidos, el inglés Scoto, el italiano Gerardo de Cremona y dos Hermann homónimos alemanes. La línea iniciada en el siglo XI en Toledo, la prolonga en el siglo XII un judío converso de Huesca, Pedro Alfonso, que redacta en latín la colección de fábulas "Disciplina clericalis", de origen árabe y persa, con un éxito resonante en las literaturas europeas.

Alfonso X el Sabio continúa reglamentando la tarea de transmitir a Europa la ciencia oriental greco-latina. Utiliza para ello, no

EL TICO Y SU TIERRA

¿Por qué el suelo de Costa Rica no absorbe toda el agua que llueve?

Por WILLIAM VOGT

(Adaptación del Lic. Edgardo Salazar y el Prof. Carlos Luis Valle.— Dibujos de Walter R. Valenciano y Hugo Días).



PARTE del agua de la lluvia que cae en el bosque, una vez que se ha empapado el suelo, no se hunde sino que corre cerro abajo y llega a los arroyos, a los ríos y finalmente al mar.

¡Piensen en el largo recorrido de esta agua!

La parte que utilizan los árboles la utiliza a la postre el hombre, porque los árboles producen carbón, leñas y maderas.

La parte que llega a los manantiales la utiliza el hombre también, ya sea para beber él o para abrevar sus ganados. Una pequeña parte llega finalmente al mar.

El agua que llega a los pozos artesianos es también utilizada por el hombre para beber, para propósitos sanitarios y para sus industrias. También parte de esta agua llega finalmente al mar.

El agua de los ríos es utilizada por el hombre porque pesca en

ella, porque puede usarla para generar electricidad u otra forma de energía, o porque también la puede usar en sistemas de irrigación.

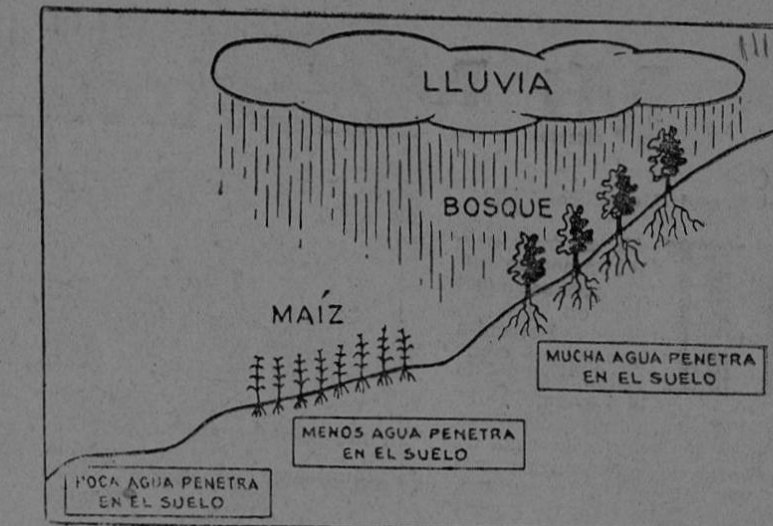
Al agua de la lluvia que va al mar, por lo general es de poco provecho para el hombre.

Veamos ahora lo que pasa con la lluvia que cae en los potreros. El suelo cubierto de pastos se halla menos protegido que el de los bosques, ya que la tierra se empapa por completo en un tiempo menor. Parte de esta agua alimenta el pasto y el resto a la postre llega a los manantiales y a los pozos artesianos, al igual que el agua que cayó en los bosques.

Es muy importante saber lo siguiente: entre menos agua se hunde en el suelo, es más la que corre por la superficie, más la que llega rápidamente a los ríos y más la que desemboca al mar. Y del agua que cae en las tierras cultivadas de pastos el hombre se aprovecha menos que de la que cae en los bosques.

Consideremos ahora lo que pasa con la lluvia que cae sobre las milpas; el agua se hundirá en el suelo para alimentar al maíz, que a su vez proporcionará alimento al hombre. ¡Magnífico! ¡Estupendo!

Pero hay aquí una dificultad. En los bosques la tierra se halla cubierta de hojas muertas, pa-



litos, arbolitos, plantitas, etc. Los potreros, por supuesto, estaban cubiertos con pasto muerto (si es que no han sido quemados), pasto verde, raíces, etc. Cada trocito de esa vegetación, viva o muerta, evita que el agua se deslice por la pendiente hacia abajo. Cada pedacito de vegetación obra como una presa minúscula; los pastos han sido comparados a millones de presas.

¿Cuál es el efecto de estas presas? Al detener el agua más tiempo, le dan más oportunidad de hundirse en la tierra y reducen la cantidad de agua que corre ladera abajo, siendo así menor la cantidad que llega por fin al mar.

Esto significa que debe ser mayor la cantidad de agua que se hunde en la tierra, donde es utilizada por las plantas, donde llega al fin a los manantiales y pozos artesianos; donde se es utilizada por el hombre.

Aun la parte que va al océano es muy útil. Cuando la tierra está bien cubierta por bosques o pastos, el agua que no se hunde corre lentamente. Si hay un fuerte aguacero, el agua en vez de correr por la superficie en unas cuantas horas, tardará días y aun semanas. Así fluirá lentamente hacia los ríos y así habrá en ellos agua para meses tal vez para todo el año.

¿No es mejor tener un río lleno de agua durante todo el año, en vez de tenerlo sólo unas pocas horas o pocos días? Con suficiente agua se hace posible la navegación, se permite que los peces vivan y que el hombre coma, y proporcionará todavía fuerza hidráulica durante todo el año y no durante pocos días.

Evita las inundaciones, en vez del agua que de toda una gran región se precipita río abajo al mismo tiempo, llevándose los puentes, destruyendo las poblaciones, ahogando el ganado, a los hombres, mujeres y niños, hace que el agua se deslice lentamente y gradualmente. Los daños que causan las inundaciones cuestan millones de colones al año. Algunas de ellas son inevitables, pero muchas no causarían destrozos si las laderas por donde vienen estuvieran cubiertas de bosques y de pastos.

Volvemos ahora a nuestras milpas. El maíz necesita parte del agua; mucha se hunde en la tierra, para llegar finalmente a los manantiales y pozos artesianos. Lo que pasa con el resto depende de cómo esté cultivada la milpa, y así en la mayoría de las milpas de Costa Rica pasa lo siguiente:

Entre los surcos de maíz no hay pasto que obre como millones de pequeñas presas; no hay arbolillos, hojas muertas, etc., como las hallamos en los bosques; así pues la tierra se empapa rápidamente y no puede penetrar más agua; en tonces empieza a correr cerro abajo. Aun en los cafetales en donde se patea y se mantiene muy limpia la tierra, la tierra vegetal, la buena tierra que necesitamos para cultivar nuestras plantas, la arrastra el agua consigo. Corre más y más aprisa, robándose más y más tierra.

Esta tierra va a dar a los ríos; los peces mueren; los depósitos de agua, ya se usen para irrigación, ya como fuente de energía, se llenan de tierra; quizá así se inutilice una pequeña presa o un bebedero artificial.

Mientras más rápidamente corre el agua, mayor cantidad va a parar al mar. Menos cantidad utiliza el hombre y más grandes serán los daños al correr río abajo.

ya el latín como los traductores de Toledo en el siglo XI, sino la lengua hispánica, que adquiere así un espectacular y no perecedero impulso.

Es difícil superar a predecesores tan egregios en plazo breve y perentorio. Pero ello, lejos de ser un freno a las actividades, debe ser un precioso estímulo. Sobre todo si los nuevos traductores de la Escuela de la Unesco se dan cuenta, exacta cuenta, de que su labor, aparentemente inocua, tiene en la órbita de la cultura trascendencia universal.

La Escuela de Traductores de Toledo ha tenido hasta hoy continuadores aislados, franco-tiradores no anárquicos ni sumisos. Citemos al azar voces augustas: La Celestina, la primera tragicomedia cronológica, anuncia el teatro shakespeariano que la supera al transfundirse en su modelo. Traducción como pocas libre, y como ninguna superada. Los ingleses de los siglos XVI y XVII captan las Novelas Ejemplares cervantinas, las traducen y las glorifican en nuevo mundo teatral y novelesco. Corneille en nuevos módulos y tórculos la tragedia y la comedia española de Guillén de Castro y Alarcón. Y Molière —The Last Not Least— universaliza con su Don Juan el escorzo donjuanesco de Tirso de Molina.

Boscán es más conocido en la historia de la literatura española por su traducción del "Cortegiano" de Baltasar de Castiglione, que por sus valiosas poesías originales. Fray Luis de León, alma con voz trilingüe, traduce maravillosamente a Virgilio, Horacio y los poetas bíblicos. El propio Quevedo, tan original y difícilmente traducible, se esmera en traducir de lenguas vivas y de lenguas muertas. Goethe se reanima al traducir la biografía de Benvenuto Cellini. Los románticos alemanes recrean magistralmente obras de Shakespeare y de Calderón. Andrés Gide traduce in superablemente a Shakespeare, el nunca superado.

Pero ¡atención! En este caso,

como en todos, son muchos los llamados y pocos los elegidos. Y es trivial reafirmar la trillada frase: "Traduttore, traditore". Ya Cervantes sentencia con palabras menos divulgadas, que "una traducción es como un tapiz visto del revés". Afirmación que, como otras cervantinas, es adivinación genial, si nos atenemos peculiarmente —como él pensó tal vez— a los poetas líricos. Porque la música inscrita en el poema lírico es en el fondo recoleto, místico, inaccesible a toda versión genial.

Por si ello fuera poco, las dificultades presentes a todo traductor alerta y vigilante se acentúan en las lenguas hoy vivientes, sujetas a un proceso como nunca acelerado, de evolución semántica. Los modismos, el "argot", el "slang", que no ofrecían dificultades excesivas a los antiguos traductores, constituyen a la hora actual el máximo escollo en que no pocos se estrellan.

La traducción más ejemplar no es una labor de creación, sino de recreación. Pululan los traidores-traductores al socaire de la creación definitiva. Unamuno, que como Quevedo no es específicamente traductor, traduce como cada hijo de vecino, pero jamás al pie de la letra. Cuenta para él más que la letra del espíritu, el espíritu de la letra. Conocía el Quijote casi como nadie, porque pocos lo han amado como él. Y a punta estas o parecidas palabras sorprendentes: "Y ahora voy a releer el Quijote en inglés, porque supera al original en la traducción que sigo". Glosa tan sutil como profunda del título que este artículo articula. No olvidemos que si Homero se duerme alguna vez, también Cervantes se adormece en contadas ocasiones.

El traductor labora como la abeja más solícita en el colmenar. Lenta, silenciosamente. Noche y día, sin apetencia de gloria ni victoria. Por excepción memorable, el retoque supera circunstancias y pasajeramente al toque. Y no creo que el más ferviente cervantista rasgue sus vestiduras ante esta orgullosa afirmación del tenaz vasco: "Para mí naci-

do, Don Quijote, y yo para ti. Somos los dos para en uno". Por, que los mejores comentaristas del Quijote no han hecho en definitiva sino traducir con libertad plena el libre pensamiento de Cervantes.

Hay supuestos creadores más inocuos que los traductores oficiales. Porque en última instancia crear es sacar algo de la nada. Función inasequible a los humanos. El hombre más genial no puede crear en el vacío; explica, interpreta, es decir, traduce. La creación humana más extensa es una traducción aproximativa: una maravillosa metamorfosis o una espléndida metáfora. Nada más y nada menos, geniales criaturas del Arte y de la Ciencia.

Todo poeta —creador— es traductor excepcional. Y en todo traductor consciente anida un alma poética, creadora. Y así crea a veces, como cuando un pintor retoca a su modelo preferido. Santa Teresa decía que "también entre los pucheros anda el Señor". Y el hombre de la calle asegura que lo poco que sabemos lo sabemos entre todos. Grandeza y servidumbre. Lección de orgullo y de humildad.

En síntesis. El traductor, el transmisor, tienen en esta época en que la transmisión prolifera como nunca una misión delicada que cumplir. Radiodifusión, televisión, palabras muy actuales, definen una inquietud tan vieja como nueva. Es en la intensa apelación vital hodierna, desde ángulos diversos, una transfusión vital sin peculiares pretensiones ultratéluricas.

En la atmósfera traductora, transmisora de Toledo, se gestan profunda y sabiamente los llamados primero y segundo Renacimiento. La Unesco ha comprendido, y no es ello poco, que había que dignificar al traductor. Y lo ha dignificado como los profetas toledanos. Conectamos, pues, su antena con las publicaciones trilingües de esta universidad franco-tiradora, que tiene analogías misteriosas con su espíritu ejemplar. "Proximus longo tamen intervallo".

Mi Maestra Lola

por Rafael Heliodoro Valle

HAY en mi santoral amoroso un día excelso: aquel día en que la abuela Petronila me pareció como visión angélica de la Leyenda Dora

da: es el día en que me tomó de la mano para llevarme a la casa de una señora de ojos verdes que vivía, casi enfrente a la nuestra, en la ilustre Calle Real de Comayagüela. La señora salió a mi encuentro con una sonrisa que dejó temblando como un rayo de sol en mi cristal eterno. ¡Lolita Bustillo, uno de mis grandes amores, para toda la vida!

No recuerdo lo que las dos amigas se dijeron. Lolita me puso un libro sobre las rodillas —un silabario y me dijo, tenuemente, al oído, acariciándome:

—A. B. C. D...
Lolita me abrió las puertas de un mundo nuevo, en el que todavía me siento encantado en su inefable laberinto. El laberinto misterioso de letras, con sus acentos, sus formas, sus combinaciones innumerables, sus fuegos y sus penumbras, que me dieron la primera sensación de lo infinito.

Acaso media hora después me escondí detrás de la puerta, huérfano provisional de la abuelita, mi aya encantadora, a quien todos en la casa, por blanca y por buena llamábamos "Jazmin". Lolita estaba enseñando a otros niños, mientras yo asumía las responsabilidades inherentes a quien por primera vez quedaba solo. Reaparecí en escena, volví mis ojos al silabario, y, de repente, un olor —exactamente el mismo que se desprendió en la escena de los batanes—, invadió las narices sensibles de mi maestra. Sin disgustar se por mi imprudencia, me tomó de nuevo de la mano y me condujo hacia un patio lleno de azul celeste en que los otros niños gozaban el paréntesis bullicioso del

recreo. Lolita, dulcísima, suavísima, mientras me aseaba, exclamó:

—Los niños que no se lavan, se convierten en sapos...

En el patio estaban otros niños: Lola Fiallos, Antonia Reina, Carlos Velázquez, creo que Tomás Alonso, y no me acuerdo quién más.

"Ya me acuerdo: era un patio con fragancia de azaharecidos pétalos: mi infancia y el naranjo flareaban a la vez. Y el cielo era un azul de lo más suave..."

El alma mía se sentía un ave entre la incertidumbre de "quién sabe" y la ciega dulzura del "tal vez".

Con sus ojos zarcos, su cara picada por viruelas, el cigarrillo siempre humeante, Lolita nos contaba muchas de las cosas que había leído en los libros o que inventaba su imaginación de hada de las maravillas. Su padre la ayudaba a enseñarnos los números: el maestro Agapito, ya envejecido por los ochenta; pero con una memoria que le permitía construir fechas, nombres y sucesos. Yo tenía siete estrellas divinas en el alma, cuando el maestro Agapito me habló de un general que se llamaba Francisco Morazán.

Aquella vez yo andaba con el general Ferrera. La batalla fue en Perulapán. Caí prisionero y nos llevaron ante Morazán... ¿Con que son de Tegucigalpa?, nos dijo. Y luego nos dió cinco pesos a cada uno y nos permitió que, sin entregar nuestros fusiles, regresáramos a nuestras casas.

"La niña Lola en mis jardines era a la manera de la Primavera".

No sé si doña Petronila pagaba a mi maestra sus servicios: pero creo que no, y por eso estoy en deuda con ella. Para siempre. Porque aunque de súbito se le transformaba la voz, por alguna de nuestras travesuras, volvía a serenarse como el cerro del Picacho cuando después de la tormenta luce la más bellas nubes. Su patio con flores y la vasta cúpula azul eran el trasunto de su personalidad. Poco a poco me conquistó con su diaria sonrisa, sus maravillosos ojos verdes —sólo comparables a los de ciertos pájaros migratorios que Honduras tiene en cárcel de pinaes— y su manera de hablar, que equivale a las aguas del cielo, cuando caen sobre los miradores del trópico en abril.

¿Qué me enseñó Lolita? Todo lo poco que sé; lo que es la raíz viva de mis conocimientos, lo que me sigue dando fuerza para amar la vida. Me enseñó esas noticias elementales que los libros detallan y que nunca podremos aprender totalmente. Amar a la vida, a pesar de que Lolita contaba con parientes encumbrados. A veces me invitaba a tomar un refrigerio, una fruta, un fragmento de pan y si me daba un vaso de agua lo hacía con tal dulzura que parecía haberla extraído de su transparente corazón.

La adoraba mi abuela, y más de una vez las sorprendí en amable coloquio, diciéndose esas palabras que nos dan la seguridad de que hay algo más hermoso más allá de la áspera tierra. Y cuando volví a ver a mi madre, ya reincorporado a ella, si me preguntaba de dónde venía, le encantaba diciendo:

¡De la casa de Lolita!

"Su recuerdo se asoma de repente más floreciente, cuanto más lejano, y se espanta a manera de paloma —a la de armino—, seda de carño—, enfrente

El Poder, la Riqueza, la Fuerza

"¿De qué sirve aprender a leer si no se despierta la vida del hombre a la vida del siglo?"

"El poder, la riqueza y la fuerza de una nación dependen de la capacidad industrial, moral e intelectual de los individuos que la componen, y la educación pública no debe tener otro fin que el aumentar estas fuerzas de producción, de acción y de dirección, aumentando cada vez más el número de individuos que las posean".

SARMIENTO

"Y asociados luego los científicos y los artistas, cada ciencia con cada arte relativa y toda la ciencia con todo el arte en una sociedad compuesta, se cumplirá en la historia aquella armonía superior de la ciencia y del arte, que debe ser un día el más bello ornato de la vida y el triunfo de la humanidad en la tierra".

JULIAN SANZ DEL RIO



a la ventana en que se asoma el niño".

Una tarde, lo recuerdo muy bien, llegó de visita un señor que residía en Guatemala. Era el hijo de su tía Isabel. Abandonamos la sala, porque "los mayores" estaban conversando. Noté que el señor tenía voz ronca, y de repente sufrió un vértigo y se prepararon un té de hojas de naranjo. Poco después supe que el señor —que llegaba como quien dice desde París de Francia— se llamaba Miguel Ángel Navarro.

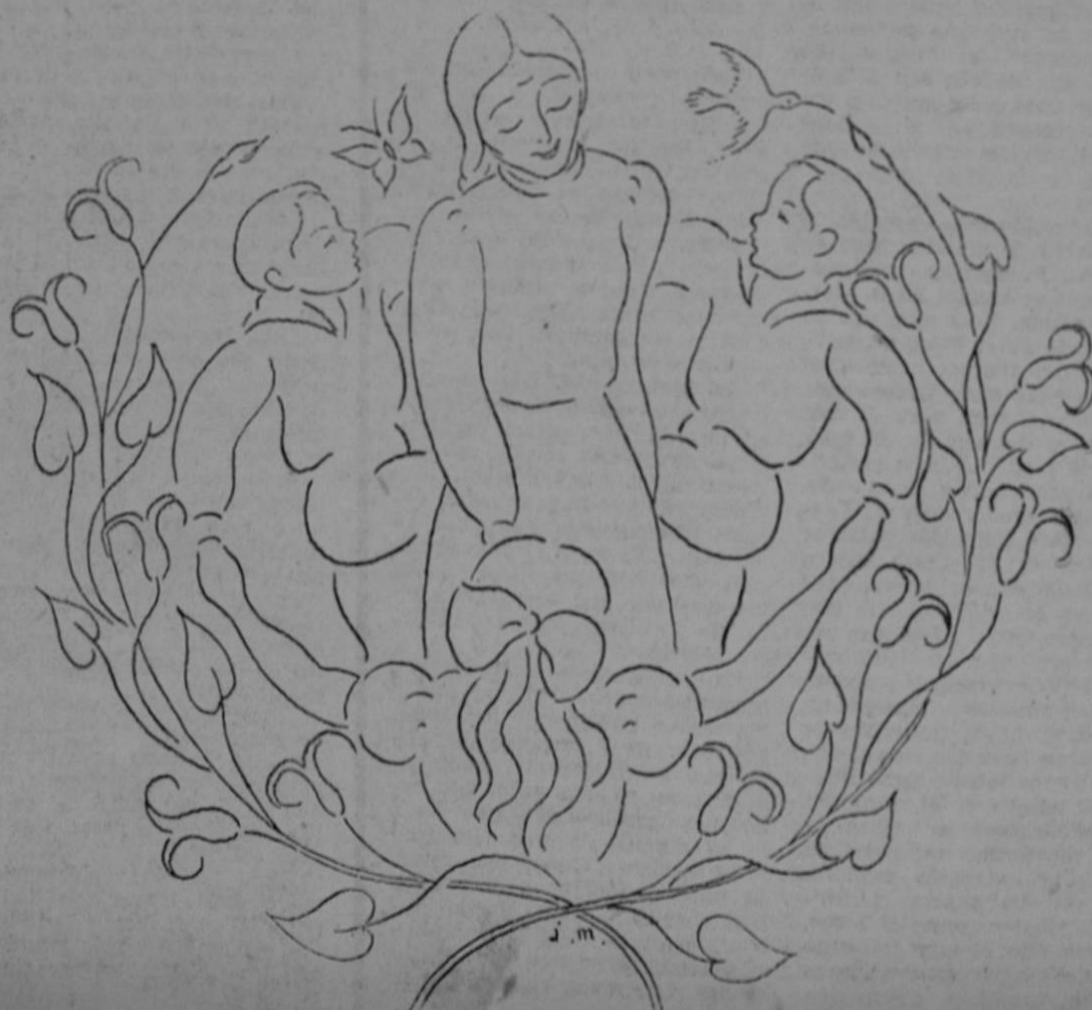
En el patio había unas enredaderas con flores rosadas. Los niños jugábamos en ese tras mundo, en que brillan perlas orientales y alas y nubes.

—A la pizizagaña
Juguemos la cabaña
¿con qué mano la jugaremos?
—Con la mano del Rey!
—¿Qué se hizo el Rey?
—Se fué a ver al cura.
—¿Qué se hizo el cura?
—Se fué a decir misa.

—Revolica, revolica,
a comer pan y miel
en la fiesta de San Miguel.

¿Son los primeros versos que aprendí? Eran tan hermosos como los que me regalaba el libro de Mantilla. Así a través de los versos, me asomé a otro mundo más luminoso, el de la Poesía.

Palabras sin sentido, claveles enigmáticos, hojas caídas de un árbol inmenso que mueve su copa más allá de los cielos. Palabras de oro en flor, de mañanitas como cuando va a llover. Ecos de palabras que no he olvidado, nunca, jamás, porque así también eran las de Lolita.



EL MAGISTERIO LIBERAL DE ORTEGA Y GASSET

por RAMON SENDER

EGUN parece, Ortega y Gasset se dispone a venir este otoño a los Estados Unidos para pasar a formar parte del estado mayor de la Ford

Foundation.

Los españoles modernos que más influencia han tenido en las letras son Ortega y Gasset en el ensayo, Baroja en la novela y Valle-Inclán en el teatro poético.

La influencia de Ortega en el periodismo literario ha sido enorme. Y como no se le puede imitar ni copiar, porque en su obra no hay fórmulas ni peculiaridades de estructura, sino más bien de estilo, los discípulos han hecho maravillas de mimetismo sin lograr otra cosa que realzar las virtudes genuinas del maestro y ponerse a sí mismos en una actitud desairada. Lo bueno de Ortega es de él y no se puede tomar prestado. La hondura de visión e interpretación es un don innato. ¿Cómo se simulan los dones innatos del prójimo? Lo único que han podido hacer sus imitadores es un remedo de tónica y de acento.

Lo que valdría la pena de imitar en Ortega es la actitud moral en lo que tiene de accesible a todos. El respeto de su función social de hombre de letras, el respeto de sí mismo. Ortega dignificó el periodismo literario de fines de siglo y volvió a darle la altura que había tenido a principios de esa misma centuria con Larra. Salvadas las distancias de tiempo, lugar y sensibilidad, es decir, de manera de sentir. El Madrid de 1830 no era el de 1920.

Todo se define en Ortega por los movimientos de la sensibilidad. Hasta Ortega la sensibilidad en las letras españolas era la elaboración de las sensaciones, esto es, el reflejo del mundo exterior en la razón y en la imaginación. Todo dependía de ese mundo perceptible y sensible. Con Ortega, el factor primordial es la emoción intelectual pura. Una emoción que no parte de la sensación ni del sentimiento, sino de la relativa interdependencia de la idea filosófica con la estética y la moral.

Antes de Ortega la crítica se apoyaba casi exclusivamente en hechos históricos, comparaciones entre los valores preestablecidos, énfasis en lo positivo social y en tal o cual ley académica. En la crítica literaria anterior, hasta los hombres de genio, como Menéndez y Pelayo, se limitaban a observar, calificar y juzgar las circunstancias comprobables. Cuando Menéndez y Pelayo se encontraba con lo inefable en la poesía de Góngora o con circunstancias nebulosas de cualquier orden hacía constar la causa posible de ese hecho como de una debilidad de concepción o de estilo, y seguía adelante.

Es, sin embargo, en la medida de lo imponderable donde Ortega encuentra su campo predilecto para la interpretación. Se instala dentro de esas zonas no definidas ni previstas y allí organiza su laboriosa colmena. Se dice que hay más poesía que filosofía en su obra y más divagación que pensamiento articulado. Esto sería materia interminable de discusión. Lo que define a Ortega es esa sensibilidad del intelecto que comienza en sí misma, es decir, en la proposición de una abstracción y que no necesita salir

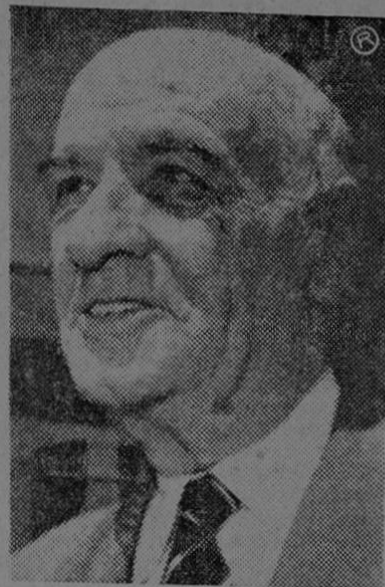
ella ni conviene que salga si ha de encontrar espacios nuevos y no explorados antes en el proceso del análisis. En ellos no se puede menos de hacer poesía y divagar. ¿Qué mejor puede ofrecernos la crítica moderna? ¿Y qué han hecho sobre todo los filósofos, desde Sócrates?

Las divagaciones de Ortega le han llevado a veces fuera de la realidad inmediata, pero no le han situado nunca contra ella. Buena prueba es la suerte que su obra ha corrido en los Estados Unidos. Situarle contra la realidad es aquí un riesgo que se puede pagar con el ostracismo y el olvido. Las obras de Ortega que se han traducido y publicado en América han sido recibidas con aplauso, y en lo que se refiere a "La Rebelión de las Masas", con entusiasmo. Conoció ese libro la buena fortuna de los "best-seller" indígenas. Ortega sabe desglosar los puntos esenciales de una serie de problemas en los cuales está inmersa la sociedad de nuestros días. Incluso en América. Mejor dicho: sobre todo en América. Si en algún lugar del mundo las masas se han rebelado contra las minorías tradicionales es en los Estados Unidos.

La obra de Ortega es copiosa y varia. Desde "Meditaciones del Quijote" (1924), su primer libro, hasta las últimas conferencias en la Universidad de verano en Aspen (Colorado), la línea mental es la misma, el módulo uniforme, la voz igual. Detrás de esa uniformidad, qué mosaico abigarrado de tonos, sentimientos, impresiones y, sobre todo, qué abundancia y fluidez de conceptos. Si, como dice él en "El Espectador" la cultura germánica se basa en el concepto y la cultura latina en la impresión, la obra total de Ortega es una síntesis en la que se cruzan, interfieren y confunden las dos tendencias.

Como otros escritores de nuestro tiempo, Ortega fué casi toda su vida profesor. Desde 1910 explicaba Metafísica en la Universidad Central (Madrid). Por cierto que un día, con motivo de la inauguración de curso académico, el rey Alfonso que asistía a la celebración preguntó a Ortega: "¿De qué se ocupa usted?" Ortega contestó: "De metafísica, señor". Y el rey, frunciendo el entrecejo, dijo: "¿Qué camelo es ese?" En la jerga callejera madrileña un "camelo" es una palabra o una frase sin sentido. El rey imitaba los giros de la plebe madrileña, pero no pudo nunca imitar su gracia ni su natural distinción. Y para el rey la palabra "metafísica" era realmente un camelo. La ineptitud del último Borbón para muchas cosas, entre ellas para lo imponderable y metafísico, le costó el trono.

En la cátedra, en la prensa y en los libros, Ortega fué, como decíamos antes, fiel a su sentido de las cosas. "En general, no puedo concebir — decía — que los hombres sean más interesantes que las ideas, ni las personas más interesantes que las cosas". Lo importante para Ortega era la verdad en sí misma, ligada o no al inmediato interés humano. En esa importante cuestión mostraba sus discrepancias con Unamuno, quien daba más valor a la emoción y al destino "agónico" del hombre que a la especulación y a la idea pura. Al menos en sus ensayos. Porque en las novelas Unamuno se contradice, ya que la especulación prima en ellas sobre la emoción.



Tal vez siguiendo un eco lejano de Nietzsche, que tan fuerte influencia ejerció en casi todos los escritores españoles de fines de siglo, Unamuno era un dionisiaco, un orgiástico, un trágico, Ortega, en cambio, es un apolíneo, esto es, un hombre de razón fría y don analítico capaz, incidentalmente, de sacrificar la emoción a la agudeza y la agudeza a la armonía.

Después de sus reflexiones sobre el Quijote, trató Ortega en sus libros temas de sociología y de exégesis positiva: "Vieja y Nueva Política" (1914). Era la primera vez que se escribía tan bien sobre asuntos de interés sociológico en España, desde el impecable informe de Jovellanos sobre "La Ley Agraria", modelo todavía insuperado. A fines del siglo XVIII se había escrito en España de un modo realmente prodigioso. Ni en tiempos de Cervantes alcanzó el idioma una solidez ni una delicadeza mayor. Los informes de Floridablanca sobre política europea o sobre problemas interiores tienen la misma lucidez y perfección de Jovellanos. Ortega y Gasset ha añadido a esos primores la flexibilidad moderna y una tilde de gracia lírica cuando el tema lo permite. Y ha fijado el concepto de modernidad en el estilo.

En mi opinión, lo mejor de Ortega es su sabio monólogo de "El Espectador" (1916 - 1924) y las obras siguientes: "España invertida" (1922), "El Tema de nuestro Tiempo" (1923), "La Deshumanización del Arte" (1925) y "La Rebelión de las Masas" — (1930), traducidas al inglés y publicadas, respectivamente, en 1937, 1931, 1948 y 1932 en un orden, como se ve, bastante arbitrario. "La Deshumanización del Arte" se publicó por la Universidad de Princeton con el mismo éxito de controversia que en España, porque los críticos partían del mismo equívoco. Se obstinaban en atribuir a Ortega el deseo de un arte deshumanizado cuando, en realidad, lo único que hacía el escritor era registrar un hecho que está fuera de duda, des de Picasso a Stravinski y Kafka.

Se considera Ortega a sí mismo "un animador", es decir, un reactivo estimulante de la vida intelectual. Opinión llena de responsabilidades. Ser animador es aceptar la delicada misión de infundir ánimo (masculino de ánimo) a los seres y a las cosas. No hay duda de que Ortega lo ha hecho mejor que nadie. Lo único discutible en Ortega han sido sus discípulos. Ninguno de ellos, de los que ambulaban en torno a la "Revista de Occidente", ha hecho nada de veras notable en ningún campo literario, aunque todos mostraron don selectivo y

buen gusto. La influencia de Ortega como animador sólo podía alcanzar a eso: a animar cosas en sí existentes y a darles una Creación. Los escritores de la "Revista de Occidente" recibieron de Ortega influencia de estilo, de "maneras" y también como un reflejo de la probidad intelectual del maestro. Lo demás era cuestión de fuerza, de aptitud natural y de talento. El mejor de ellos en el ensayo era, tal vez, Marichalar. En la novela, Benjamín Jarnés. Pero este era un hombre de estilo sin verdadera fuerza creadora. Dominado por la forma, se perdía en los alrededores de la emoción sin dar casi nunca en el blanco. Cosa rara en un aragonés. Los aragoneses podemos ser brutales y hasta estúpidos como cada cual y, si se quiere, un poco más que cada cual. Pero hay algo para lo que no hemos nacido: la cursilería. Esto es, la viciosa obsesión de la apariencia.

El pensamiento de Ortega es liberal y tiene su origen y su razón de ser en la misma entraña del concepto del liberalismo. No encuadró en la República — aunque fué uno de sus animadores —, porque la república de Ortega estaba lejos de los partidos y de los hombres. Era una república ideal. Tampoco andaban sobrados de luces políticas los jefes republicanos que no supieron hacer suyos a Unamuno, a Ortega, a Baroja y a Valle-Inclán, aunque este había sido amigo personal de casi todos los dirigentes. Entre los pocos que escribieron elogios de Azaña figuran (ironías del tiempo) Giménez Caballero, un fascista delirante, y Eugenio Montes, un retórico avisado. De esto no tenía la culpa Azaña. Era una desgracia para un jefe político encontrar sus apologistas en el campo contrario.

El liberalismo de Ortega enlaza con la más alta tradición española. Se encuentra ese liberalismo en todos los sectores del pensamiento español. En los obispos y en los revolucionarios, en los reyes y en los conspiradores. El padre Mariana dejó escritas, entre otras palabras discretas, las siguientes, que no pueden ser más turbadoras en un sacerdote: "El buen cristiano tiene la obligación moral de matar al déspota". Otro cura más reciente y menos famoso, el padre Coloma, escribió la sátira más violenta que tenemos contra la aristocracia española. El liberalismo español está en Séneca, en Rojas, en Cervantes, en Lope de Vega, en la corte de Carlos III y en escritores de derechas, como Menéndez y Pelayo, en Larra y el duque de Rivas, en Alarcón y Valera, en Palacio Valdés y hasta en Pereda. No sé dónde de los falangistas españoles pueden haber hallado tradición fascista y totalitaria que les sirva de antecedente. En nuestra historia no la hay.

Ortega como español y filósofo es un buen liberal. Ignoro cuál es su situación en la España de hoy, pero probablemente está en entredicho. De otro modo, no viviera fuera de su país, en Lisboa, y se publicaría la "Revista de Occidente" y seguirían vendiéndose en las librerías las ediciones que la revista auspiciaba. Pero Ortega no puede vivir en una atmósfera donde su carácter de animador sea difícil o imposible de ejercer. Lo mejor que un hombre como Ortega podría hacer es volver a escribir la frase lapidaria de Catón: "Delenda est..." ¿Cuándo? Ortega tiene ahora setenta años. Los años de la autoridad y el respeto. Los mejores para esa clase de expresiones que son al mismo tiempo augurio y epitafio.

CARTAS FEMENINAS

CATORCE. EL ALMA PERVERSA DE LA ZONA

En esta mi carta —número catorce de la serie— pretendo referirme a esa interpretación dramática que Alfredo Castro Fernández hizo de la zona tórrida del Atlántico centro-americano. El drama de grises contornos se llama AGUAS NEGRAS. Son tres actos de reflejos plomizos, de luces crueles.

Es mediodía. El calor es más que sofocante, angustioso. A duras penas es posible respirar. A la orilla del mar tropical se extiende una región de clima ingrato, así para el cuerpo como para el espíritu.

Vera es una mujer de extraña psicología. Ha llegado de regiones menos agotadoras. Vino con su marido. Luego llegó su cuñado, Raúl. No teme las palabras, sabe mirar de frente las situaciones. Todo lo que huye, todo lo que se oculta, le inspira horror.

El drama se desarrolla en una zona maldita, dura y cruel, a veces. Se manifiesta repleta de generosidad, en ocasiones. Tiene alma de mujer caprichosa: es preciso saber dominarla. Pretender explotarla sería un error que muy caro habría de pagarse.

Vera ama la zona aun a sabiendas de que en ella se ocultan pasiones que parecen humanas. La vegetación exuberante le concede una amplia plenitud física, una profunda seguridad espiritual. Hay, en la selva enigmática, una especie de sortilegio que, poco a poco, va envolviendo a la protagonista del drama.

Se va apoderando de su conciencia algo así como una angustia de amor. Su marido empieza a convertirse en figura de segundo plano. Se impone, ante sus ansias apasionadas, la figura de Raúl. Todo tiende a llevarla hacia el inefable pecado. Hay, en su cuerpo, en todo su cuerpo, una sed insaciable de caricias culpables. Celestina es la zona salvaje con sus exuberancias que hacen hervir la sangre, en sí ardiente. Celestina es, también, la criada Adoración, meztiza joven y bella quien ya sabe cómo se manifiesta, en los seres humanos, el espíritu maligno de la zona. El sol del trópico la condujo hasta donde nunca pensó dejarse llevar.

En una escena de valor dramático indiscutible, Vera y Raúl se revelan el amor recíproco que trata de unirlos en lo prohibido. Ella le confiesa que lo adora. Al mismo tiempo, con temeridad muy femenina, le recuerda que es la esposa del hermano enfermo. A pesar de todo, seguirá siéndolo sin permitirse la menor indignidad y, menos todavía, la infamia imperdonable.

Se siente fuerte, aun cuando ya la zona circula voraz por sus venas sedientas de placer. Fuerzas extrañas pretenden dominarla, despertarla en una voluptuosa entrega culpable. Y la dominan, la despiertan en el preciso momento en el que más fe le dedica a su virtud. La mano celestinesca de la criada joven la entrega, dócil, en los brazos del hombre que, feliz, huye con su presa. Ha de hacerla suya, satisfacer los anhelos de angustiosa voluptuosidad que la zona, cruel, ha ido evocando en aquel espíritu, rendido de antemano. Así termina el primer acto, en una escena que se impone por su naturalidad y por su intensidad.

Son amantes desde hace ya un mes. Un hondo sufrimiento moral se apodera de la interesante protagonista. Está mortalmente herida. Lleva la desolación en el alma. No es que se sienta arrepentida por el adulterio para el cual la zona ingrata la había ido preparando con sabia lentitud.

Como mujer enamorada —digna en su pasión innoble— no quiere pertenecer a dos hombres. Sin embargo, Raúl la obliga a entregarse de nuevo al marido. Se siente rebajada ante su propia conciencia; humillada en lo más íntimo de su alma. Se da cuenta de que el amor suyo, la loca pasión suya, no tiene importancia para el cuñado. Ya no es la mujer hecha de piedad, de devoción, de caridad hacia el esposo engañado, víctima a un tiempo mismo de las fiebres que no perdonan y del odio de la esposa infiel, odio que tampoco sabe perdonar. Surge la idea del crimen. Lo insinúa la mestiza joven y fuerte.

Se inicia una escena de poderoso aliento trágico. Miguel, el marido, con ironía dolorosa, hace saber a los culpables que conoce cuanto ha venido sucediendo entre la esposa sin prejuicios y el hermano sin pudor. Le han robado lo único que aun no había perdido: el amor de Vera. Lo despojaron, sin piedad, de la ilusión última, la que se habría llevado al otro mundo, enteramente seguro de la propia felicidad. Manifiesta, en forma sugestiva, la tortura de su corazón, el martirio ilimitado de su espíritu.

Lo creían ciego. No lo era. Fue sencillamente cobarde. Y lo fue por piedad hacia la propia angustia inmerecida.

Es una escena de una dramaticidad perfecta. Allí se revela el dominio amplio, absoluto que el autor posee sobre su argumento, sobre sus personajes y sobre los sentimientos y los pensamientos de los espectadores.

El marido bebe el té de extraño olor y de sabor raro que le ofrece la criada joven y bella. Lo bebe a sabiendas de que en él ha sido disuelto un poderoso veneno. Se va de este mundo pero les deja, como una obsesión, el recuerdo de la noche pasada, en la que poseyó a Vera, con rabia sacrilega, con anhelos de venganza sin límites. Así los une en el crimen sin que puedan librarse el uno de las angustias del otro.

Así
visten
ellas.

TERESA
RAVENTOS

Por ella el trino
reflorece, como el
jazmín iluminado, en
la arboleda... Por
ella canta la flor
de la esperanza, co-
mo el trino verde-
claro, en la maña-
na... Y el instante,
por ella, es ya
presencia...

(Foto Arévalo)



El alma perversa de la zona se ha impuesto una vez más. Alma sutil, coqueta, caprichosa y perversa para quienes tratan de explotarla sin misericordia.

El tercer acto se desarrolla en el mismo escenario de los dos anteriores. Han transcurrido algunos meses. Lluve en una mañana húmeda, gris, deprimente. La zona ha triunfado. La región está arruinada. El abandono es completo. Las plantas silvestres han invadido la residencia habitual de la protagonista. Se respira una atmósfera que asfixia a pesar de la natural frescura de la pródiga naturaleza tropical.

La sombra del marido muerto ha venido rondando sin cesar. Raúl, el amante, tuvo que irse, muy lejos. Vera, como una desesperada, ansía su regreso. No quiere, como se lo aconsejan, alejarse de aquella región de embrujos constantes, región que fue, en realidad, la única incitadora al pecado inolvidable.

Con su atmósfera cautivadora y sensual, la zona de las Aguas Negras sigue siendo la protagonista invisible del drama de intensidad profunda. Sus influencias ocultas y peligrosas conducen de la mano a todos los personajes que vibran con el ritmo mismo de la naturaleza de mágicas influencias. Las malas pasiones de la zona cumplen, en todos los momentos, una misión de exterminio.

Vera, en sus plegarias de tardío arrepentimiento, suplica, sin cesar, el regreso del amante amado por sobre todas las cosas. Raúl vuelve. Se hacen ahora la ilusión de que han de alejarse muy pronto de la región obsesionante. Vivirán, entonces, en la absoluta ignorancia de todo y de todos. Olvidarán los tormentos de los hombres. Los ajenos, ya que, los propios, imposible, les será no recordarlos.

A pesar de tantas esperanzas, Vera siente el deseo de alejarse sin compañía alguna. Aun más, pretende vivir dominada por la imagen del marido. Será eternamente su esposa. Raúl comprende la fuerza de aquel inesperado propósito. Se decide a la huida; no otra cosa es su rápido alejamiento. Con dificultad se despide de cuanto hasta entonces lo ha gestionado tiránicamente.

No hay duda alguna. El drama AGUAS NEGRAS desenvuelve uno de los conflictos más originales en la literatura nuestra. En esta interpretación escénica de la zona tórrida del Atlántico centro-americano, demuestra Alfredo Castro Fernández un dominio absoluto de los secretos del teatro, un conocimiento preciso de la más profunda psicología. Sus personajes son humanos, terriblemente humanos. Todos sin excepción. Hasta en la invisible influencia de la zona maldita, se aprecia una potente tragicidad humana.

Con la simpatía que se merece el señor Director de "La República", lo saluda

LUZ DEL ALBA